



39H

El leñador y el ministro ó el testamento y el tesoro.

Drama en cinco actos y seis cuadros, traducido del francés por DON MARIANO
GODOY, para representarse en el teatro de la Cruz el año de 1847.

PERSONAS.

EL CONDE DE TORRIANI.
EL DUQUE DE PALLAVICINI.
GENARO.
EL MARQUES DE CAMPEGGI.
FLAVIO.
BRACCHIO.
EL PODESTA.
UN SENADOR.
JACOBO y
MARINI, leñadores.
CORTESANO 1.^o
IDEM 2.^o
BEATRIZ PALLAVICINI.
OLIMPIA.
FLORA.
LUISA.
LA DIRECTORA DEL COLEGIO.
PRIMERA COLEGIALA.
IDEM 2.^a
Señores, Leñadores, Aldeanas, Sobrestantes y
Guardias.

ACTO PRIMERO.

Casa de labrador. En el foro ventana y puertas grandes, viéndose el bosque por la puerta: á algunos pasos de esta una escalera para subir á las habitaciones altas. En primer término una pared que remata formando ángulo y en ella una puerta por la que se vé un cobertizo ó tinglado, y en lontananza los árboles del bosque.

ESCENA I.

FLORA, leñadores, y luego FLAVIO. (Entran al-

gunos leñadores cargados de haces de leña, y los van dejando en el cobertizo.

FLO (dirigiéndose á los leñadores y mirando adentro.) Aquí ya no caben mas, colocad esos otros al lado del horno.

JAC. (acercándose á Flora con cierta confianza.) ¿Sabes si nos pagarán hoy?

FLO. Yo no tengo nada que ver en eso.

MAR. Tiene razon esa joven; por ventura es ella nuestro cajero?

JAC. No, ni ella, ni nadie; hace ya mucho tiempo que ese es un empleo inútil en esta casa.

FLO. No hables tan alto. Maese Bracchio está allí dentro ajustando sus cuentas y podría oírte.

JAC. Con tal que me ajuste la mia, poco me importa que me oyese.

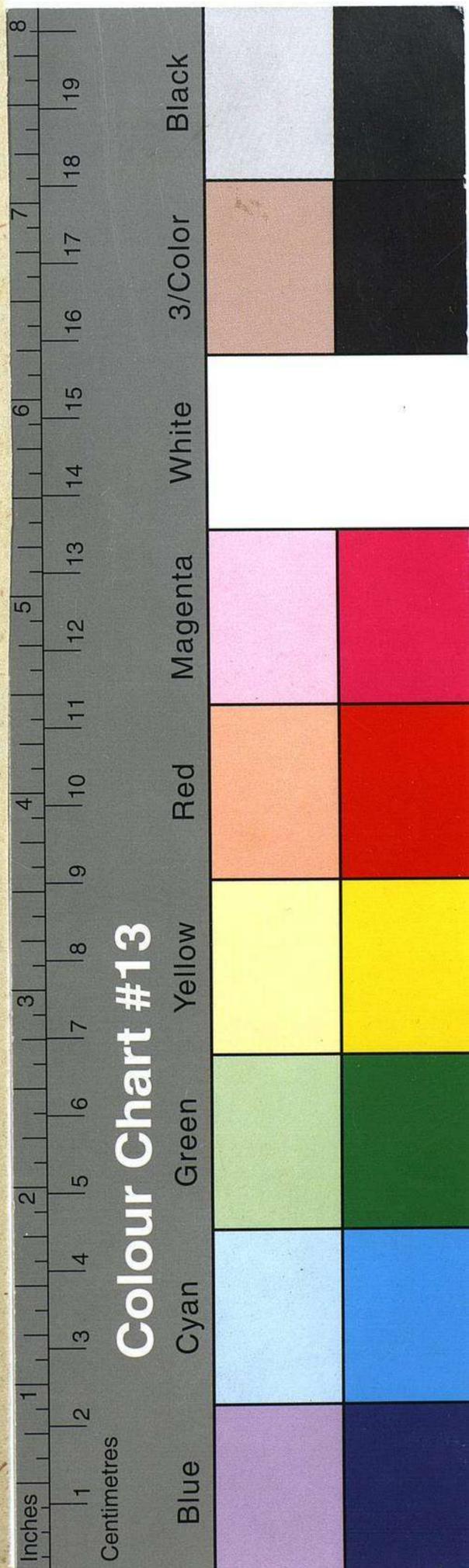
MAR. (á Flora.) Y qué tal humor tiene hoy?

FLO. El de siempre. No quisiera ser yo su mujer. Para qué mayor infierno que vivir con semejante hombre.

JAC. (en voz baja á Flora.) ¿Conque siguen las disputas?

FLO. Toma! Cuando en una casa no van bien los negocios, todo cae sobre las infelices mugeres. Pobre ama mia, sino fuese por su hijo Genaro, que media á menudo entre ella y su marido, no sé lo que sucederia. Ayer mismo, sin ir mas lejos... (todos los leñadores se acercan denotando curiosidad) Pero á vosotros no os importa nada de lo que aquí pasó... Ea, á su trabajo todo el mundo, porque no gusto holgazanes, y hoy me toca mandar aquí.

FLA. (entra cargado con un haz de leña.) En ese



caso, Flora mía, hazme el favor de mandarme dos cosas.

FLO. Qué dos cosas?

FLA. La primera que me descargue, (*tira el haz en el suelo*) y la segunda que te dé un abrazo. (*se le dá.*)

FLO. Segun se vé no necesitas que yo te lo mande para hacerlo, pero estate quieto, y confiesa ingénuamente, que como has sido soldado tanto tiempo, entiendes mas de decir chicoleos y de manejar la espada, que de ir á cortar leña.

FLA. Asi es, qué quieres! Mi padre no me dejó otra herencia que su espada y los abrazos que pudiera dar á las muchachas tan bonitas como tú. (*va abrazarla otra vez.*)

FLO. Ea, estése usted quieto.

Flavio corre detrás de ella para abrazarla; al mismo tiempo entra Genaro que se interpone entre los dos. Flora se escapa y los trabajadores salen despues de haber saludado á Genaro.

ESCENA II.

GENARO Y FLAVIO.

GEN. Flavio, lo que ibas á hacer es muy feo.

FLA. Calle, tienes celos, Genaro?

GEN. Tener yo celos de esa muchacha!

FLA. En efecto, me habia olvidado de que tú tenias otros amores. A propósito, ¿en qué altura te encuentras con respecto á tus dulces ilusiones del convento de Santa Rosalia?

GEN. Lo que hace poco no era sino una dulce ilusion, como tú dices, es ya en el dia una realidad; la amo y me ama.

FLA. Te lo ha dicho ella misma?

GEN. Me atrevi á suplicárselo de rodillas... Imposible me parece que una señorita de la primera nobleza se haya enamorado de un hombre que no tiene mas patrimonio que su carabina.

FLA. Y eso qué importa? Si algun dia se me ocurre el enamorarme de la hija de un rey, no perderé la esperanza de llegar á casarme con ella.

GEN. Dichoso tú que siempre estás de buen humor, y que no tienes pena por nada de este mundo.

FLA. Ese es un privilegio de todos los hombres de mi clase... hijo de soldado, he corrido en su compañía la mitad de la Europa. El pobre murió, y al partir de este mundo, me impuso un deber sagrado, que he venido á cumplir á este pais, en donde tú me has recibido tan cordialmente... Si soy dichoso es porque soy libre... Si por nada me aflijo, es porque tengo fé en el porvenir, que puede darme alguna cosa, pues que nada puede quitarme, supuesto que nada poseo.

ESCENA III.

Los mismos y BRACCHIO que baja por el alto de la escalera con unos papeles en la mano.

GEN. Mi padre.

FLA. Felices, Maese Bracchio.

GEN. Buenos dias, padre.

BRA. (*con aspereza*). Celebro verte de vuelta. Llama á tu madre y á toda la familia.

FLA. (*ap*). Que genio tan atroz.

Genaro va á buscar á su madre, vuelve y abre la puerta de enmedio y empiezan á entrar por todas los leñadores y Luisa. Genaro baja al escenario y se coloca á la izquierda de Bracchio. Luisa está á la derecha de este último, y hay un momento de silencio.

BRA. Os he llamado para daros una mala noticia.

TODOS. Una mala noticia!

BRA. Si. Pero ante todo, Genaro, qué tal ha sido la pesca en el lago?

GEN. (*con frialdad*). Malisima esta semana.

BRA. Tú, Luisa, dime si podremos llevar mucha seda al próximo mercado.

LUI. (*afligida*). Casi nada; la tempestad de ayer ha muerto mas de la mitad de los gusanos.

BRA. Y vosotros, habeis trabajado mucho? (*á los trabajadores*.)

FLA. Maese Bracchio, yo he acompañado á estas buenas gentes en su trabajo, y hemos cortado aquellos grandes árboles que nos habiais señalado.

BRA. (*con aire sombrío*). Pues bien, todo vuestro trabajo ha sido tan inútil como el de mi muger y el de mi hijo.

LUI. Todavía mas desgracias!

BRA. Si, porque nuestro amable soberano Morella Pallavicini, ha tenido á bien cometer una infamia contra los Genoveses.

LUI. (*conteniendo á Bracchio*). Silencio, por Dios.

BRA. (*con viveza*). Todo me es indiferente ya! Porque no ha de decir la boca lo que siente el corazón?... Gracias á esa perfidia, los Genoveses nos declaran la guerra, y aquellos enormes árboles, aquel inmenso maderage que me habian pedido para sus galeras, aquellos mástiles para sus navios... todo esto quedará cortado en perjuicio mio. (*desesperado*). No hay remedio, estoy arruinado. (*emocion general, todos se acercan á Bracchio con interés; Luisa y Genaro tratan de cogerle una mano cada uno*.)

GEN. Padre mio, es preciso no abatirse. Yo puedo trabajar aun.

BRA. (*con ironia*). Escelente recurso; bien se mantendrán veinte trabajadores con lo que pueda ganar un cazador! Lo que tú ganes, no dejará tambien de ser una buena garantia para mis acreedores. (*á los trabajadores*). Escuchad; si las personas á quienes debo, no me conceden un plazo, si exigen que les pague inmediatamente, vosotros habreis perdido todo vuestro trabajo y yo quedaré arruinado.

FLA. Puede que os concedan un plazo.

BRA. Voy á probarlo; que ensillen mi caballo para marchar á la ciudad; mi vida ó mi muerte dependen del éxito de este viage.

LUI. Dios haga que sea feliz, y que tengamos una vida mas tranquila que la que hemos pasado hasta el dia.

BRA. (*cogiendo á Luisa por la mano y llevándosela á un lado la dice en voz baja y en tono que envuelve una amenaza*). Si tú quisieses no entraria la desgracia en nuestra casa.

LUI. Yo?

BRA. Si el paso que voy á dar no sale bien, á mi vuelta tendremos una esplicacion terrible los dos... será la última!

Luisa baja la cabeza. Genaro que habrá vuelto al proscenio, nota lo que pasa entre sus padres. Este y los trabajadores salen de la escena. Luisa queda sola y pensativa.

ESCENA IV.

GENARO y LUISA.

GEN. (*dirigiéndose á su madre.*) Madre mia! (*con voz apagada.*)

LUI. (*como sobresaltada.*) Ah!... eres tú, Genaro...

GEN. Estais muy triste. Nuestra posicion seria aun mas desesperada de lo que ha dicho mi padre?

LUI. Y qué mas desesperada puede ser de lo que tú mismo has oido?

GEN. Yo no sé, pero ahora mismo, cuando mi padre os ha hablado al oido... cuando os ha cogido por la mano, he notado que os poniais pálida, y que temblabais de un modo... (*Luisa vuelve la cabeza.*) Aqui hay algo oculto, madre mia... y si acaso Bracchio...

LUI. Llámale tu padre, Genaro!.. Porque te ama como si lo fuese, y ha cuidado de ti como pudiera haberlo hecho el que está en el cielo.

GEN. Y ama igualmente á mi madre? La hace tan feliz como la hacia el que ya no existe?

LUI. Yo no me quejo, hijo mio.

GEN. Vos no os quejais, pero padeceis mucho... No os quejais, es cierto; pero vuestros ojos están á menudo bañados en lágrimas... Qué tenéis madre mia? (*la abraza.*)

LUI. (*enjugándose los ojos.*) Nada, hijo mio, nada; á tu lado soy muy dichosa, y no hay desgracia posible para mi cuando te estrecho entre mis brazos.

GEN. Si; pero cuando él está aqui, con ese aire sombrío y amenazador que tenia hace poco, cuando su voz os hace temblar y os volveis pálida á una mirada suya, no sé si podré contenerme, Dios mio.

LUI. Calla, desgraciado, sofoca semejantes sentimientos. Ya has dejado escapar algunas palabras en ciertas ocasiones, que me han hecho temblar. Si somos desgraciados, á lo menos que haya paz entre nosotros.

GEN. Sea asi, puesto que vos lo deseais! No quiero insistir mas en saber un secreto que vos no quereis descubrirme... haya paz, pero que no vuelva yo á veros padecer. (*Luisa coge la mano de su hijo como para darle gracias, este la abraza, toma su carabina y sale muy despacio.*)

ESCENA V.

LUISA queda sola un instante, entran despues FLAVIO, los trabajadores, y últimamente los soldados y CAMPEGGI.

LUI. (*viendo salir á Genaro.*) Tiene una alma grande y generosa, pero su caracter es fuerte. Dios mio! qué va á ser de mi? Si Bracchio no sale bien de su empresa, en cuanto vuelva empezará de nuevo la lucha que estamos sosteniendo hace cinco años... No importa, mi deber exige que yo cumpla una promesa sagrada, y que haga los mayores esfuerzos para no reve-

lar este secreto, que Bracchio ha querido arrancarme tantas veces. (*se oye gran ruido por fuera.*) Qué ruido es este? (*asustada.*)

FLA. (*á Luisa que ha subido al escenario al oír el ruido.*) No os asusteis; la causa de este alboroto son unos soldados que sin duda vienen persiguiendo á algun desgraciado. Oh, y debe ser reo de importancia, cuando tantas fuerzas desplagan en subusca.

CAM. (*á los soldados.*) Recorred todo el bosque, y muerto ó vivo traedle á mi presencia. (*salen los soldados y Campeggi y los oficiales entran en la escena.*) De orden de S. A. el granduque, yo el marqués de Campeggi, gobernador de provincia, intimo á todos los presentes, bajo pena de la vida, que no den asilo al conde de Torriani. Si acaso llegáre á presentarse en estos sitios, cualquiera de vosotros que le vea, está facultado para matarle en el acto.

TODOS. Ah!

CAM. Venimos siguiéndole, y muy cerca de esta casa le hemos perdido; no debe estar muy lejos de aqui, y ya habeis oido á lo que os esponéis si llegase á refugiarse en ella; vos, señora, id á poner en conocimiento del resto de vuestra familia las órdenes severas que acabo de comunicaros. (*sale Luisa despues de haber dado á entender su asentimiento por una seña.*)

FLA. Señor marqués, segun dicen, el conde de Torriani es muy sagaz, y quizá sea muy difícil echarle el guante.

ESCENA VI.

Los mismos y TORRIANI vestido de labrador con una capa en el brazo.

TOR. Yo puedo daros noticias tuyas, pues acabo de tropezar con él; ya debe estar muy lejos de aqui, pues monta un caballo mas ligero que el viento.

CAM. Explicaos.

TOR. No me costará mucho trabajo. Hace un rato que yo me dirigia tranquilamente al mar, por el camino que está aqui cerca, cuando vi pasar á mi lado á todo correr á un hombre cuyo rostro estaba cubierto de una palidez mortal.

CAM. Eso es muy natural, proseguid.

TOR. El viento era tan fuerte, que le ha quitado la capa de encima de los hombros; entonces he podido distinguir que llevaba una maletilla á la grupa, y que tambien iba á caerse al suelo, le he dado voces para que la asegurase porque iba á perderla, y al mismo tiempo para que recogiese su capa; en lugar de hacerme caso, lo que ha hecho ha sido meter la mano en la maletilla, y arrojar al camino una bolsa que ha sacado de ella.

CAM. Eso era para que os entretuvieseis con ella, y no fueseis tras de él.

TOR. Eso mismo he pensado yo, aunque llevaba un paso que era imposible darle alcance. En ese caso lo que he hecho, ha sido recoger ambas cosas, y como no soy tan pobre que necesite la capa de otro para abrigarme, podeis ver si es esta la del conde de Torriani. (*desplega la capa que llevaba en el brazo, Campeggi la coge y se la enseña á sus oficiales.*) Por otra parte soy

bastante hombre de bien para querer guardarme un dinero que no me pertenece, por cuya razon podeis ver igualmente si la cantidad que contiene esta bolsa podrá ser del conde ó no. (*la arroja encima de la mesa.*)

CAM. La capa es conforme á las señas que yo tengo.

FLA. La bolsa está llena de oro, y cuando se trata de un hombre que ha chupado la sangre del pueblo, no deja de ser tambien una señal.

CAM. No cabe duda, esto es del conde de Torriani. (*á Torriani.*) Y qué camino ha tomado?

TOR. Como ya os he dicho, yo le dejé en direccion del mar, pero si continua con la velocidad de entonces, pronto él y su caballo no podrán resistir mas.

CAM. Gracias, buen hombre, gracias. (*va á salir y vuelve.*) Ah! se me olvidaba la bolsa de aquel traidor. (*Flabio la coje de la mesa y se la dá.*)

CAM. (*cogiendo la bolsa y tanteando lo que pesa.*) Vamos, tal cual. (*se la guarda y dirige la palabra á Torriani.*) Lo que acabais de hacer, me prueba que sois un hombre de bien, un honrado ciudadano. (*á los oficiales.*) Ea, señores, á caballo. (*vanse.*)

ESCENA VII.

TORRIANI y FLAVIO.

En cuanto todos se han ido, Flavio va á descolgar su espada que estará colgada en la pared, despues se cruza de brazos y examina á Torriani. Este se sienta y parece turbado por las miradas que Flavio la dirige.

TOR. Me mirais con mucha atencion, joven; me parezco acaso á alguna persona que vos conoceis?

FLA. Dios le libre á mis amigos de parecerse á vos en estas circunstancias.

TOR. (*con vehemencia.*) Qué quereis decir?

FLA. Esto quiere decir, que teneis mucho talento y que os acompaña igual serenidad, señor conde de Torriani.

TOR. (*levantándose y buscando hácia el pecho.*) Yo no soy el conde de Torriani.—Vos os engaãais.

FLA. (*llevando la mano al puño de la espada.*) Entonces para qué andais buscando vuestro puñal? Creedme, y dejad en paz esa hoja, que de nada serviría contra esta. (*le enseña su espada.*) Convengamos en que no sois el conde de Torriani, pero decidme, honrado ciudadano, cuando al fugitivo se le ha caido la capa, la vuestra se la habrá llevado el viento, supuesto que no os la veo?

TOR. Es que... mi capa...

FLA. Tambien os apuesto lo que querais, á que no sois hombre de sacar un bolsillo, despues del que habeis entregado, y por cierto que el viajar sin capa y sin moneda, no es cosa que está en uso.

TOR. Teneis buen ojo, joven... (*echando la mano de nuevo á buscar el puñal.*)

FLA. Y un brazo vigoroso. (*cogiéndole el brazo y separándoselo del pecho.*) Ya estais pesado con vuestro puñal, señor conde!.. Yo no soy vasallo del gran duque, y por consiguiente no os mataré como él lo ha mandado á los suyos; sin embargo, como la cabeza de los que os den asilo, está muy comprometida, y como y otengo mucho cariño á la mia, tomo el par-

tido de despedirme formalmente de vuestra señoria... Permaneced aqui el tiempo necesario para tomar aliento, pero cuidado con prolongar vuestra estancia, en términos que podais comprometer á los que habitan en esta casa. (*vase.*)

ESCENA VIII.

TORRIANI, solo.

Dónde me esconderé? Por todas partes me cierra el paso una muralla de hierro. Por efecto de una iniquidad inaudita, el duque me manda partir, y dá al mismo tiempo las órdenes mas severas para que me persigan!.. Sin embargo, ese hombre es mi cómplice, y este puñal es el que le ha dado el trono! Qué imprudente fui en no haber guardado en mi poder algunas pruebas... en no haberle hecho firmar algun documento que pudiera salvarme! Astucia y valor, corazon mio, y tratemos ahora de encadenar al pérfido de modo que no le sea tan facil romper los lazos que á mi le unen. Para conseguir mi objeto, no hallo otro medio mejor que la hipocresia... Si... el único recurso que me queda... Voy á ponerle una súplica llena de arrepentimiento, implorando mi perdon. (*escribe.*) Pero quién se la entregará? Veremos. (*sigue escribiendo.*)

ESCENA IX.

TORRIANI y BRACCHIO.

BRA. (*entra sin ver á Torriani que sigue escribiendo.*) Todos mis pasos han sido inútiles... Mañana... mañana me verá arrojado de mi casa. (*el conde oye estas últimas palabras. Bracchio se sienta, y esconde el rostro entre sus manos.*)

TOR. (*ap*) Un hombre á quien echan de su casa! Oh! que idea... probemos.—Es Bracchio sino me engaño.—Talvez no será difícil que los dos nos entendamos. (*dá un golpe á Bracchio en el hombro, este se levanta con viveza, y queda sorprendido de la familiaridad de Torriani.*) Con que ya no os queda ningun recurso, Maese Bracchio?

BRA. (*suspirando.*) Ninguno. Pero, quién sois vos que sabeis mi nombre?

TOR. El conde de Torriani.

BRA. (*retrocediendo.*) Torriani!

TOR. El mismo, y acaso el único que puede salvarte en este momento; para ello no tienes que hacer otra cosa, que llevar al gran duque esta carta.

BRA. Que equivale á decir que vaya yo mismo á hacerme ahorcar?

TOR. Nada temas; este escrito contiene cosas de tan alta importancia, que forzarán al duque á reflexionar muy seriamente sobre el partido que debe tomar; asi es que no debes vacilar en llevárselo, sobre todo, cuando tu recompensa será el sacarte yo del estado lastimoso en que te encuentras, haciéndote ademas rico para toda tu vida.

BRA. (*vacilante.*) Rico! (*coge el papel de manos del conde.*) Pero cómo ha de poder penetrar un hombre de mi clase hasta S. A.?

TOR. Voy á indicarte el medio... lo primero...

BRA. (*oyendo ruido de pasos.*) Alguien viene, no quiero que os vean aquí... Pronto, pronto, id á buscarme al bosque... A doscientos pasos de esta casa acaba de hacerse una corta... esperadme en aquel sitio, á donde estaré dentro de media hora.

TOR. Voy á esperarte.

BRA. (*abriendo la puerta del cobertizo.*) Escapaos por aquí... Si veis alguno que os infunda sospechas, volved á esconderos bajo este cobertizo.

TOR. Dentro de media hora?

BRA. Sin falta. (*hace salir á Torriani, y cierra en seguida la puerta viendo venir á Luisa.*) Luisa!.. Si ella quisiese no tendria yo necesidad del conde para salir de mis apuros. (*con valor.*) Pues bien, es preciso que quiera.

ESCENA X.

BRACCHIO y LUISA.

LUI. (*acercándose con timidez.*) Has adelantado algo?

BRA. Pregúntaselo á mi semblante. Qué es lo que descubres en él?

LUI. Nada mas que rabia y desesperacion.

BRA. Y quién te figuras que es la causa de esta rabia y de esta desesperacion?

LUI. Los que acaban de desoir tus ruegos. Los que no te han dado ninguna esperanza.

BRA. Te equivocas, Luisa... En las personas con quienes acabo de hablar no he encontrado misericordia, es cierto, pero estaban en su derecho... (*con mas valor.*) Pero á qué me he de quejar de unos estraños, cuando en mi misma casa no se tiene compasion de mí... cuando tú misma me quitas toda esperanza?

LUI. Bracchio!

BRA. Escucha... En un sitio que tú sola conoces, hay oculto un tesoro que bastaria para volver á nuestra familia la comodidad y el descanso.

LUI. (*confusa.*) No se lo que quieres decir!

BRA. Qué fué lo que sucedió á la muerte de tu padre? Por qué quiso hablarte á solas en sus últimos momentos? Por qué se encerró contigo en su cuarto? No trates de negarme que fué para confiarte un secreto, porque al dia siguiente que estaba delirante, reveló parte de él, y no habló de otra cosa que de alhajas y de piedras preciosas.

LUI. Y qué crédito merecen las espresiones de un delirante?

BRA. Ninguno por si solas. Pero cuando se agrega el que una hija querida se acerca al moribundo, y en lugar de rogar á Dios por él, le dice al oido, silencio, padre mio... silencio... entonces no puede dudarse de la verdad de ellas.

LUI. Dios mio!

BRA. Pues bien, ese secreto que tan obstinadamente guardas hace ya cinco años, es preciso que me lo descubras ahora mismo.

LUI. Jamás cometeré una traicion semejante.

BRA. Luisa, has reflexionado hasta donde puede llevarme tu obstinacion?

LUI. Estoy resuelta á todo, y soy capaz de morir antes que faltar á mi deber.

BRA. (*agarrándola del brazo.*) Lo veremos, mujer obstinada, lo veremos!

LUI. (*dando un grito.*) Dios mio! Dios mio!

BRA. Desgraciada de ti si no me dices en dónde están esas riquezas!..

LUI. (*resistiéndose.*) Jamás.

BRA. (*ciego de cólera.*) Pues bien, vergüenza y maldicion sobre ti, ya que asi lo quieres. (*la arroja al suelo y vá á herirla, al tiempo que aparecen Flora y Genaro con su carabina, y Flavio y trabajadores.*)

ESCENA XI.

LUISA, BRACCHIO, GENARO, FLORA, FLAVIO.

GEN. (*apuntándole á Bracchio.*) Deteneos, ó no hay remedio para vos!

FLA. (*aparece seguido de los trabajadores, se arroja sobre Genaro y aparta la carabina.*) Qué haces, Genaro? No consideras que es tu padre? (*estas palabras causan una revolucion repentina en Genaro, que horrorizado tira la carabina y se posttra á los pies de Bracchio.*)

GEN. Mi padre, oh! perdonadme, señor, el haberme atrevido á amenazaros... soy vuestro hijo adoptivo, pero al ver á mi madre ultrajada, no he podido contenerme... Perdon.

BRA. (*serenándose.*) Yo tengo la culpa de todo, Genaro, te perdono... el genio del mal está con nosotros, y lo que ha sucedido, era imposible que dejase de suceder... nuestra desgracia no hubiera sido completa, si yo no me hubiese arrebatado hasta el extremo de ir á poner las manos sobre mi mujer... Olvidemos todo esto. Cuando volvamos á vernos... (*da la mano á su muger y á su hijo.*) confio en que seremos mas felices. Vamos, Flavio!.. Vosotros, á vuestro trabajo, y que no se trasluzca nada de cuanto ha pasado aqui.

Sale... A cierta distancia le siguen todos los personajes que están en escena: al llegar al umbral de la puerta, hace una seña á su muger y á Genaro para que se queden.

ESCENA XII.

LUISA y GENARO arrojándose en los brazos de su madre.

LUI. Bendito sea Dios, que no ha permitido que suceda un crimen.

GEN. Madre mia!

LUI. Genaro, tú has sido mi único consuelo hasta el dia, y ahora mismo, si no hubiese sido por tu arrojamiento, que aunque no puedo aprobarlo me ha salvado, quizá hubiera perecido, ó lo que es peor, hubiera revelado mi secreto (*Genaro se sorprende y Luisa le coge la mano.*) Si, hijo mio, soy depositaria de uno, que es la causa de todas las iras de Bracchio contra mí... Sin embargo, debo ocultárselo como hasta aqui, porque agoviado por la desgracia, mi marido seria capaz de deshonorarse, hasta el punto de cometer un robo.

GEN. Qué es lo que decis, madre mía?

LUI. Despues de la terrible escena que acaba de pasar, ha llegado el momento en que yo no puedo prescindir de tu apoyo... voy revelártelo todo.

GEN. Hablad, no os detengais.

Luisa mira al rededor de si, como para examinar si

hay alguien que pueda escucharla. Genaro va á cerrar la puerta de la entrada principal, y vuelve á donde está Luisa.

LUI. Tú eras muy niño en la época en que acaecieron los sucesos que voy á referirte. Entonces reinaba Andrés Pallavicini, hermano mayor de nuestro Duque. Era querido de todos por su bondad, y se le compadecía por lo desgraciado que era con sus hijos. Tres tuvo, y todos murieron de una enfermedad que muchos atribuyeron á veneno.

GEN. Vuestro padre me ha contado varias veces los sucesos de aquella época... pero si mal no me acuerdo, el duque tuvo al cabo de algun tiempo otro hijo, que murió del mismo modo que sus tres hermanos.

LUI. Esa es la creencia general; pero la verdad del hecho es, que ese hijo de que hablas vive todavía.

GEN. Qué decis?

LUI. El duque engañó á todo el mundo por salvarle, pues no se le ocultaba, que el mismo veneno que habia muerto sus hermanos, acabaría con este hijo en quien cifraba todas sus esperanzas. Despues de tomar todas sus medidas y de haberse celebrado unas magnificas exequias en derredor de un atahud vacío, entregó el sagrado depósito á una persona de toda su confianza, que huyó con el niño y le condujo á España, en donde debió educarse con el mayor sigilo, hasta que llegase á cumplir veintiseis años. Tranquilo ya el Gran duque con respecto á la vida de su hijo, arregló inmediatamente su testamento, que junto con otra porcion de objetos preciosos, colocó en una caja, confiándolo todo á una persona de cuya lealtad no podia dudarse... ¡Esta persona fué mi padre!

GEN. Vuestro padre! El humilde leñador á quien yo he conocido, y que antes habia sido soldado?

LUI. El mismo, y he aqui la causa de nuestras disensiones domésticas. Bracchio sospecha que este tesoro existe en mi poder, y todo su afán es el querer aprovecharse de las riquezas que contiene. En cuanto hayan transcurrido los años que acabo de decir, deben reunirse en un mismo dia, en un mismo sitio, y á la misma hora, tres personas que habrán salido con ese objeto de tres distintos puntos. Sobre el sepulcro del niño que se cree difunto, en la capilla de Pallavicini, es el sitio donde deben reunirse esas tres personas, que no se conocerán hasta el momento de la cita.

GEN. Y esas personas quiénes son!

LUI. La una será la humilde aldeana, fiel depositaria del testamento del gran duque, la otra la viuda del mismo, que desde el régio alcázar irá allí á buscar á su hijo, y la tercera será el mismo príncipe, que desde lo interior de la España debe venir á depositar sobre su propio sepulcro un rosario de plata, que será la señal por donde se le reconozca. (*empieza á oscurecer.*)

GEN. Ahora lo comprendo todo perfectamente.

LUI. Dentro de dos dias se cumple el plazo señalado; á las seis de la tarde se llevará la caja al lugar de la cita; así lo juró mi padre y yo he renovado su juramento. Despues de las sospechas que Bracchio ha concebido de mi, ya no

es posible que yo cumpla mi cometido. Tú serás el encargado de esta santa mision; tú te presentarás por mi á la viuda de Pallavicini, y tú serás el que entregue á su hijo el tesoro que tan cuidadosamente he guardado.

GEN. Y á dónde he de ir á buscar ese sagrado depósito?

Bracchio se dejará ver desde este momento, acechando desde lo alto de la escalera. Al mismo tiempo Torriani se dejará ver igualmente por detrás de la puerta del cobertizo.

LUI. A unos cincuenta pasos del lago, orillas del bosque, y á la izquierda del colegio de Santa Rosalia, hay una hilera de robles que componen el número de siete; al pie del cuarto, hay una especie de banco de piedra, que parece colocado allí para descanso de los caminantes y el cual es necesario remover para sacar el dinero que está debajo, y que hallarás en cuanto hayas cabado un poco. Dentro de dos dias es cuando debes ir allí á la caída de la noche, para cumplir lo que yo he prometido, y que las circunstancias exigen que no pueda cumplir por mi misma.

GEN. Descuidad en mi, madre mia; lo que habeis prometido será cumplido exactamente.

LUI. Así lo creo, hijo mio. Aliviada ya de este peso, estoy resignada á todo cuanto pueda sobreenirme. (*vanse. Oscuridad completa.*)

ESCENA XIII.

TORRIANI Y BRACCIO.

(*en cuanto se han ido Genaro y Luisa salen Torriani y Bracchio de donde estaban escondidos.*)

BRA. Ya sabia yo que ella podia salvarnos. (*en voz baja*)

TOR. (*en voz baja.*) Duque de Pallavicini, pronto podré hacer que no me persigas! Pronto tu suerte dependerá de mi. (*andando á tientas tropieza con la carabina de Genaro y se apodera de ella.*) Feliz hallazgo; una arma!.. Ella será mi apoyo en caso necesario.

BRA. (*baja la escalera con la carabina en la mano.*) Yo llegaré al bosque antes que Genaro.

TOR. El precioso depósito estará en mis manos antes que ese joven vaya á buscarlo! (*Bracchio y el conde salen misteriosamente cada uno por su lado.*)

ACTO SEGUNDO.

CUADRO PRIMERO.

Colegio de Santa Rosalia. Claustro interior de arquitectura gótica. Perspectiva de galerias de columnas á derecha é izquierda. Varios cuadros de santos. En el fondo ventanas de estilo gótico con cortinas en el interior. Las de derecha é izquierda están en el último tramo de una escalera de piedra; la del medio, que ha de ser una puerta que tiene unas celosias doradas. Por todo el escenario varios pupitres, libros, mesas y demas cosas que indiquen que hay allí una clase.

ESCENA PRIMERA.

OLIMPIA y colegialas todas con el mismo traje y for-

mando distintos grupos, pero todas mirando hacia fuera. Algunas están sobre sillas para ver por encima de las cabezas de las demas.)

2.^a COL. Que placer! Olimpia, ven, verás que bonito.

OLIM. Como quieres que vaya, si estas señoritas se han apoderado de todas las ventanas que dan á la colina? Siempre se cometen nuevas injusticias conmigo!

1.^a COL. Que cabalgata tan bonita! Como brillan las armas al sol!.. Aun no pueden distinguirse los rostros. Los trages son magnificos.

2.^a COL. Mirad! Mirad! Van escoltando una silla de manos.

OLIM. Una silla de manos? Sin duda irá en ella alguna gran señora.

1.^a COL. Tambien se ve tropa ahora y un caballero cubierto de bordados de oro que manda hacer alto y que está mirando hacia aqui... Parece que todos le respetan.

2.^a COL. No puedo ver si es jóven ó viejo.

OLIM. (*dirigiéndose á ver si puede colocarse para mirar.*) Hacedme lugar que yo os lo diré.

2.^a COL. No, no, yo no me muevo de aqui.

TODAS. Ni yo, ni yo!

OLIM. Pues voy á deciroslo sin mirar. Si el caballero que decis se acerca á la silla con el sombrero en la mano, y con mucha galanteria señala á la señora el objeto que está mirando, no hay duda en que es un joven.

2.^a COL. No hace nada de eso; está enteramente solo y lleva el gorro calado hasta las cejas.

OLIM. (*en tono sentencioso.*) Entonces es un venerable anciano.

TODAS. Si, si, eso es.

OLIM. Vendrá tal vez á traer alguna hija suya á nuestro colegio.

OLIM. Ojalá! con eso tendremos un dia de vacacion.

OLIM. (*al oír ruido.*) Alguien viene, á la labor todas, pronto, pronto!

ESCENA II.

Las mismas y la SUBDIRECTORA.

(á la voz de Olimpia dejan todas su sitio, y se ponen á trabajar fingiendo que están muy atareadas.)

SUB. Muy bien, hijas mias, muy bien... mucho me complace el ver que no necesitais que se os vigile para trabajar.

OLIM. En efecto, y si quereis dejarnos trabajar solas, siempre haremos lo mismo que hoy. No es verdad, amigas mias?

TODAS. Si, si!

SUB. Luego daré cuenta á la señora directora de vuestro buen comportamiento, y sobre todo de vuestra aplicacion. Si continuais asi, el colegio de Santa Rosalia no decaerá jamás de la buena reputacion que tiene adquirida.

OLIM. (*recorriendo un libro en folio.*) Casualmente estoy ahora repasando la historia de él desde su fundacion, y segun veo no siempre ha servido para establecimiento de educacion. En otros tiempos parece que era una prision de las mas seguras.

SUB. Asi es, y mas de una vez han sido encerra-

dos aqui personajes de alta categoria.

OLIM. Por eso tiene esas puertas tan sólidas, y esas rejas que dá miedo solo el mirarlas; (y os aseguro que no entiendo por qué se necesita una jaula tan fuerte para guardar unos pajarillos tan inocentes é inofensivos como nosotras.

SUB. Eso está muy mal dicho, Olimpia; acaso conservais aun algun apego á las cosas de un mundo corrompido y seductor?

OLIM. Quién piensa en el mundo? Todas nosotras le aborrecemos con nuestros cinco sentidos... Con solo que se nos permitiese una cosa, estaríamos contentas aun cuando no saliésemos de aqui en toda nuestra vida... una cosa sola...

SUB. Y qué cosa es esa, hija mia?

OLIM. Un marido?

SUB. Un marido!

OLIM. Si señora, uno nada mas; no es verdad, señoritas.

TODAS. Si, si, uno y nada mas.

SUB. Un marido! Que horror!

OLIM. Como que horror! Vos no habeis sido casada, señora?

SUB. Jamás, á Dios gracias.

OLIM. Pero no habrá faltado quién os haya hecho el amor alguna vez.

SUB. A mi?

OLIM. Si, hace ya mucho tiempo, no es verdad? Por eso no os acordais.

SUB. Señorita, que lenguaje es ese? A mi nadie se ha atrevido jamás á....

OLIM. Eso no puede ser. No habeis visto jamás á vuestros pies un joven lindo que os miraba con ternura y qué os decia...

SUB. (*distrayéndose.*) Y qué decia?

OLIM. Que erais muy hermosa.

SUB. (*suspirando.*) Ah!

TODAS. (*rodeando á Olimpia.*) Di, Di.

OLIM. (*prosiguiendo y digiéndose á la subdirectora.*) Que pareciais un angel...

SUB. (*suspirando.*) Ah!

OLIM. Y entonces cogiendoos la mano la cubria de besos...

SUB. Ah!

OLIM. (*con energia.*) Y juraba amaros, idolatraros toda su vida... Entonces, qué es lo que vos haciais?

SUB. Pero si os digo que... (*dudando.*)

OLIM. No teneis que titubear, entonces lo que haciais era darle esperanzas y asegurarle que era correspondido por vos con el mismo amor.

SUB. (*entusiasmada.*) Si, si, es verdad.

OLIM. Qué tal? ved porque al hablar de marido no debe decirse qué horror! como vos habeis dicho hace poco. (*todas las colegialas se echan á reir.*)

SUB. Silencio, señoritas! (*ap.*) Me he dejado sorprender por esta picarilla. (*alto.*) Señoritas, cuidado con volver á pensar en esto. Yo voy ahora á recomendaros á la señora directora y á decirle que sois un modelo de aplicacion.

OLIM. (*riyendo.*) Y que tenemos pensamientos muy juiciosos respecto á la soledad y al retiro. (*vase la subdirectora y todas la saludan con una reverencia burlona.*)

ESCENA III.

Apenas se ha ido la SUBDIRECTORA cuando todas las educandas vuelven á su bulliciosa conversacion.

1.º COL. Siempre han de venir á estorbarnos; vámonos al dormitorio á ver si han pasado ya los de la cabalgata.

TODAS. Si, si, vamos.

UNA. Tú no vienes, Olimpia?

OLIM. No, yo me quedo aqui para avisar si viene el enemigo.

ESCENA IV.

OLIMPIA, sola.

Si esperais á que yo os avise, estais frescas! Cada una que se guarde como pueda. Id en buen hora á mirar por detrás de los hierros de una reja, mientras tanto que yo me escapo mas lejos de lo que pueden alcanzar vuestras miradas. Yo salgo de aqui cuando me acomoda, para mi no hay puertas ni murallas... voy y vengo... respiro el aire libre... y á ratos soy muy feliz... Esta mañana, por ejemplo, cuando puesto á mis pies me decía, Olimpia, te amaré hasta la muerte! No soy dichoso sino á tu lado; tú eres mi vida, mi todo... Vamos, esto es muy hermoso; tener quien se interese por una, y lo que es mas, hacer la felicidad de la persona á quien se ama. Bien mirado soy mas que una reina... Es verdad que no tengo mas que un vasallo, pero á lo menos este vasallo me quiere, y no todos los reyes podrán decir otro tanto. Ahora lo que me interesa es salir de aqui cuanto antes. *(va andando con tiento hácia un cuadro de la virgen que estará en la pared, y tocando á un resorte el cuadro se aparta y deja lugar para salir. En el momento de egecutarlo, Olimpia duda un momento.)* No se en que consiste que siempre que voy á dar este paso, tengo miedo... qué tontería! Abierta la jaula no hay mas sino echar á volar.

ESCENA V.

El DUQUE, BEATRIZ, varias maestras del colegio, CAMPEGGI, y oficiales de la comitiva del DUQUE.

DUQ. *(á las maestras.)* Avisad á las señora directora, de que en nombre del gran duque he venido aqui á pedir un asilo *(señala á Beatriz.)* para la señora condesa de Amalfi. *(las maestras saludan y salen por la derecha; los oficiales se van por la izquierda á una seña del Duque.)*

DUQ. *(á Beatriz.)* Señora, ya estamos en el lugar que he escogido para vuestro retiro, y ya sabeis cual es mi voluntad... A los ojos de todo el mundo debéis pasar por la condesa de Amalfi, y no por la viuda del gran duque.

BEA. Y podré saber yo, á lo menos de boca de V. A., qué razon ha tenido para arrancar secretamente de su palacio á la viuda de su hermano? Podré yo saber cuál es mi delito y por qué se vigila sobre mí como si fuese criminal?

DUQ. Señora, puesto que lo desais, voy á deciros francamente la causa de mi modo de obrar

en esta ocasion. Hace algun tiempo que el senado y el pueblo se agitan sordamente para atentar contra mi soberania; vos lo sabeis lo mismo que yo, pero en vez de demostrar con actos públicos la armonia que debe reinar en la familia, hace ya muchos dias que no os habeis presentado en mi corte, y en tanto todo los descontentos se agrupan en torno vuestro. Todas las conspiraciones principian asi, señora... y como yo no quiero dejar que los rebeldes puedan tener una bandera á donde acogerse, por eso he resuelto teneros aqui encerrada secretamente por término de un mes.

BEA. *(ap.)* Un mes cuando dentro de dos dias debo acudir á la cita! *(alto.)* Es decir, que cuando el príncipe Modena Pallavicini concibe una sospecha, aprisiona sin tener pruebas de ella?... Pensad bien lo que vais á hacer, señor duque. La viuda de vuestro augusto hermano tiene tambien sus derechos, y el senado será el que decida entre V. A. y yo.

DUQ. Esa amenaza es la que os hace realmente mi prisionera.

BEA. *(ap.)* Dios mio! Dadme valor.

DUQ. *(á sus oficiales.)* Que venga un capitan de mis guardias. *(sale un oficial á buscarle.)* Beatriz, por vuestro propio interés os aconsejo que guardéis silencio, y que os resignéis con vuestra suerte. *(entra Campeggi, al mismo tiempo llega la directora acompañada de una maestra por el lado opuesto.)* Acercaos. *(á Campeggi.)*

CAM. Señor...

DUQ. Capitan, vamos á daros una comision de la mas alta importancia.

CAM. Vuestra alteza me honra demasiado. *(ap.)* Si supiese cómo he desempeñado la del conde de Torriani?

DUQ. Vais á estar aqui con veinte hombres por espacio de un mes, y me respondeis de esta señora con vuestra cabeza.

CAM. Con mi cabeza?

DUQ. *(á la directora.)* Razones de alta politica obligan al príncipe á dejar aqui con una escolta á la condesa de Amalfi... en cuanto haya atravesado la verja que conduce al oratorio, acordaos que no puede volver á salir hasta nueva orden. *(sale por la izquierda seguido de sus oficiales. La Directora y la maestra se van por la derecha.)*

ESCENA VI.

BEATRIZ que se ha quedado absorta en pié y mirando hácia el lado donde está el cuadro de la Virgen.

Dios castigará á ese hombre por los tormentos que me hace sufrir... Verme presa cuando mas necesito de mi libertad!.. En el momento en que mi hijo vá á llegar!.. Ese hijo que hizo mi consuelo y mi amargura al tiempo de nacer, cuando despues de haberle dado un beso, tuve que decirme á mi misma, tal vez sea esta la primera y la última prueba de mi cariño maternal!.. Y ahora que despues de un plazo cuyo término creí que no habia de llegar jamás, ahora que con toda la efusion de mi corazon iba á decirle, reconoce en mí á tú madre... á esa madre que tanto ha sufrido por ti!.. Una mano de hierro me fija en estos si-

tios! (*se dirige al cuadro de la virgen y se arrodilla.*) Vos, virgen santa, que como madre habeis sufrido tanto, ved la afliccion que despedaza mis entrañas. Por el amor que tuvisteis á vuestro santísimo hijo, salvad, señora, al mio. (*en este momento se menea el cuadro. Beatriz se levanta y dá algunos pasos atrás asustada.*) Ah! qué es esto? He perdido el juicio ó hace Dios un milágro en mi favor. (*sale Olimpia de detrás del cuadro.*)

ESCENA VII.

BEATRIZ y OLIMPIA.

OLIM. Dios oye siempre los ruegos de los que lloran.

BEA. Quién sois vos, que me traeis estas palabras de consuelo?

OLIM. No creais que soy angel, señora; no soy sino una simple educanda de este colegio. He oido vuestras últimas palabras, y os prometo que dentro de poco estareis en libertad.

BEA. Por qué medio?

OLIM. Voy á decíroslo. Hace algun tiempo hubo en esta casa una joven encerrada por sus padres, que no hacia sino llorar continuamente, y que se habia hecho mi mayor amiga, porque, por una razon que no comprendo, yo que estoy riendo siempre, me hago amiga de todos los que lloran. La pobre estaba enferma, y una noche que me tocó á mi velarla, se franqueó conmigo, y me declaró que su amante estaba aguardándola á las puertas del colegio. Como estaba de bastante cuidado, y le era imposible moverse, me informó de la salida secreta que oculta ése cuadro, y me encargó fuese á avisar, al que le esperaba, del estado de su salud. La pobre murió á los pocos dias, y yo quedé depositaria de su secreto. Asi es, que en una casa donde todos están como prisioneros, yo salgo cuando me acomoda, y me hallo ahora en posicion de poderos hacer escapar cuando querais.

BEA. Gracias, hija mia. Dios solo puede haber-te enviado tan á tiempo... si hubiese llegado á pasar la verja y á poner el pié en el oratorio, no habia mas consuelo para mi que la muerte.

OLIM. Antes de que sea hora de cerrar la verja ya cuidaré yo de hallar un momento favorable para vuestra evasion.

BEA. Y á dónde conduce esa salida secreta?

OLIM. A la orilla del lago.

BEA. Bien, pero yo necesito ir mas lejos pues tengo que pasar al otro lado. Cuando os separeis de mi, podré yo encontrar algun barquero que quiera esponerse al peligro que puede resultarle por haberme servido fielmente?

OLIM. Yo conozco uno que es muy resuelto y sobre todo muy fiel.

BEA. En ese caso puede contar conque yo pagaré muy bien su fidelidad.

OLIM. Perdonad, señora, vos podreis estarle todo lo reconocida que querais, pero el recompensar su fidelidad, es cosa que á nadie pertenece sino á mi.

BEA. Le amais acaso?

OLIM. Con toda mi alma! Me pareceis tan noble

y tan buena, que no tengo reparo en confesaros mi amor, como si fueseis mi madre; y como Genaro y yo no tenemos mas que una voluntad, vos podeis disponer de él como si fuese hijo vuestro.

BEA. Pero estais cierta de que ese joven estará allí cuando vos me acompañeis?

OLIM. No hay cuidado, no faltará; porque ahora mismo venia yo de dejar una señal en cierto sitio, que hará que no falte á donde se le llama, y estoy por decir que aunque no hubiese la tal señal, compareceria del mismo modo, porque yo le necesito...

BEA. Pobre niña, la pureza de su amor la hace ver las cosas de un modo tan particular... (*Beatriz coge la mano de Olimpia.*)

OLIM. (*con viveza.*) No creais que estoy loca, señora! Mirad, en este momento en que os hablo, se me figura que Genaro nos escucha, que sabe lo que yo deseo, y que vá á presentarse á vos para confirmar mis palabras. (*se oye la campana del convento; Olimpia retrocede asustada, dá un grito, y á poco rato se serena y se echa á reir.*) Ah!.. ved lo que es el tener la cabeza llena de semejantes ideas; hubiera jurado que habia oido la voz de Genaro. (*se abre una puerta á uno de los lados del teatro y se oye la voz de Genaro.*)

GEN. (*desde fuera.*) Os juro que lo que yo digo es la pura verdad.

OLIM. (*trémula de sorpresa y de alegría al mismo tiempo.*) Ah! está, señora, no os lo decia yo?

ESCENA VIII.

BEATRIZ, OLIMPIA, GENARO Y CAMPEGGI. Genaro entra en escena, el primero empujado por Campeggi.

OLIM. (*en aire de triunfo al oido de la duquesa.*) Ahora que nuestra buena estrella nos le ha conducido aqui, dejadme obrar. (*Beatriz dá un apretón de manos á Olimpia en señal de agradecimiento, y en seguida sube al escenario para salir, y pasa delante de Campeggi que la saluda respetuosamente. En este tiempo Genaro se acerca á Olimpia.*)

GEN. Es preciso que te hable inmediatamente.

OLIM. (*con precaucion al ver á Campeggi que baja á la escena.*) Silencio!.. Voy á despachar á este oficial.

CAM. (*á Genaro.*) Ahora vamos á ajustar cuentas nosotros dos, y veremos si tú eres realmente el que dices ser... El marqués de Campeggi no es hombre que se deja engañar tan facilmente.

OLIM. El marqués de Campeggi!.. En efecto!.. Ola, señor marqués...

CAM. Eh! qué es eso? Quién pronuncia aqui mi nombre?.. Pero qué veo? La encantadora Olimpia.

GEN. (*bajo.*) Qué es esto, Olimpia?

OLIM. (*bajo.*) Silencio. (*alto.*) Segun veo no os habeis olvidado de mi, caballero?

CAM. Olvidaros yo!. Yo que por ser el vecino mas inmediato de la quinta de vuestra madre, pasaba diez veces cada hora por delante de vuestras ventanas, por tener el gusto de veros!.. Yo que tantas veces me he puesto debajo de ellas á cantar romances como un...

GEN. (con aire burlon.) Como un trovador.

CAM. Eso es lo que yo iba á decir... Toda mi dicha consistia en miraros cuando os paseabais entre las flores... mas fresca que todas ellas... mas bella que...

GER. Mas bella que una rosa. (en el mismo tono.)

CAM. Eso mismo es lo que yo iba á decir... Yo, en fin, hermosísima Olimpia, que no pensaba.. no soñaba sino en vos, que os adoraba como un...

GEN. Como un tonto.

CAM. Eso es lo que yo iba... (reflexionando). Como se entiende, desvergonzado!

OLIM. Y por qué os enfadais ahora tan de repente con ese jóven.

CAM. Por qué?... Porque trataba nada menos que de introducirse furtivamente en este asilo, y en fin, porque...

GEN. Ya os he dicho que yo soy el arrendador de la pesca del lago, y que no venia aqui furtivamente, sino porque tenia que hablar con la señora directora que está esperándome.

CAM. Todo eso no es mas que un engaño.

OLIM. Seguramente, todo lo que ha dicho puede que sea falso; sin embargo, yo le conozco y sé que es Genaro el arrendador; pero en cuanto á hablar con la señora Directora, no me parece que tiene visos de verdad, y apruebo el que no le dejeis entrar ahora.

CAM. Es claro.

GEN. Cómo?

OLIM. Escuchad, señor Marqués; me parece que lo mejor seria que fueseis vos mismo á ver á la Directora, y averiguar si es cierto lo que dice este joven; volved aqui cuando lo hayais sabido, que entretanto yo os respondo de él.

CAM. (en voz baja.) Y os vais á quedar sola con este hombre?

OLIM. No tengais cuidado; volved pronto; (en secreto.) debéis tener tantas cosas que decirme, eh?

CAM. Voy, y vuelvo volando, señorita. (vase.)

OLIM. Ya estamos solos, hablad pronto, Genaro.

GEN. Ya os he dicho, señorita, que mi familia estaba amenazada de una desgracia. Esta se ha verificado ya.

OLIM. Pobre Genaro, pero en fin, qué ha sucedido?

GEN. Varias veces os he hablado de mi madre y del amor que la profeso, comparable con el que siento hácia vos; pues bien, esta virtuosa señora se vé obligada á salir de la humilde habitacion donde ha muerto su padre, y en donde yo he nacido: la miseria aflige ya á mi familia... pronto nos obligará á dejar este pais, y por esta razon vengo á daros el último á Dios.

OLIM. El último á Dios!

GEN. Si, porque siendo estremadamente pobre, ya no me será permitido pensar en vos.

OLIM. Y quién nos prohíbe que nos amemos el uno al otro? Yo soy huérfana y á vos toca hacer conmigo las veces de padre. Asi pues, partiremos juntos.

GEN. Todas mis penas se disipan á tu lado, adorable Olimpia.

OLIM. El amor que nos profesamos no debe sin embargo hacernos egoistas; hay otra persona que tambien ha de marchar con nosotros.

GEN. No entiendo...

OLIM. En esta casa se halla actualmente una señora muy digna de compasion, á quien yo he ofrecido tu apoyo.

GEN. Estoy dispuesto á cumplir tu oferta, pero deseo saber quién es esa señora.

OLIM. Ahi la tienes.

ESCENA X.

Los mismos y BEATRIZ.

BEA. En qué estamos?

OLIM. No temais, señora, que él os salvará.

BEA. Dios os bendiga á entrambos! Dios haga que seas dichosa, hija mia. (la abraza.)

GEN. Señoras, contad hasta con mi vida en caso necesario.

BEA. Si me poneis en salvo os deberé mas que la vida. ¿Cuándo vamos á fugarnos?

OLIM. Ahora mismo.

GEN. Por esa salida secreta que solo conocemos nosotros dos. (abre tocando el resorte.) Desde aqui, por un camino, cuya entrada está al cabo de esa galeria; toda la dificultad consiste ahora en atravesarla sin novedad; si lo logramos, dentro de muy poco nos encontraremos ya en el campo. (en este instante se oye en la galeria la voz de un centinela.)

LA VOZ. Centinela, alerta!

GEN. Y OLIM. Dios mio!

BEA. Qué voz es esa?

GEN. Sin duda han colocado centinelas en lo interior, asi como en la puerta de fuera del edificio. Todo se ha perdido.

BEA. Justo Dios! permitireis que yo muera aqui?

OLIM. Lo ois, Genaro, á toda costa hay que salvarla.

GEN. Tú no conoces los peligros de que estamos rodeados.

OLIM. Si no los hubiese no habria mérito en salvarla. Señora, se os salvará á todo trance.

BEA. Teneis algun otro recurso?

OLIM. No sé... tal vez puede que si.

GEN. Y cuál es?

OLIM. Silencio! Campeggi vuelve ya. Retiraos y dejadme sola con él. (todo esto como quien ha concebido un proyecto.)

ESCENA XI.

Los mismos y CAMPEGGI.

CAM. Entrando antes que Beatriz y Genaro hayan podido salir). Este muchacho tenia razon. (á Genaro.) Ya podeis ir á ver á la señora Directora cuando querais. (Genaro saluda al irse.)

OLIM. (en voz baja á Genaro). Volvereis aqui?

GEN. Al instante. (vase).

CAM. (saludando á Beatriz mientras el aparte anterior.) Señora...

BEA. Voy á disponerme para entrar en mi retiro.

OLIM. (como si fuese á acompañarla la dice en voz baja señalando á la puerta de la izquierda.) En ese cuarto hallareis un vestido de novicia, ponedle, y esperadme alli, que os salvaré. (sale Beatriz por donde le ha indicado Olimpia.)

ESCENA XII.

OLIMPIA y CAMPEGGI.

CAM. (ap). Ya estoy á solas con ella... mi apuro es por dónde voy á empezar.

OLIM. Como voy yo á manejarla ahora? Ah! ya caigo.

CAM. Sobre todo es preciso no alarmarla.

OLIM. Este hombre es muy fátuo y tiene mucho amor propio, pecho al agua. (alto.) Señor Campeggi?

CAM. Señorita.

OLIM. Os atreveis á sacarme de este asilo y llevarme con vos.

CAM. Eh!... como, un rapto?

OLIM. Cabalito.

CAM. Friolera!.. y yo que no queria alarmar su inocencia.

OLIM. Qué es eso? Dudais?

CAM. Yo no... pero dadme en poco de tiempo para reflexionar.

OLIM. (con un tono afectado.) Ya es tarde; cuando debiais haber reflexionado era cuando pasabais diez veces por hora delante de mis ventanas.

CAM. Será posible que sin mas que aquellos simples paseos haya merecido vuestro amor?

OLIM. Ah! simples paseos decis! Y aquellas miradas de fuego que me dirijias sin cesar?

CAM. Las comprendisteis? Oh! cuan dichoso soy; repetidme otra vez, encantadora Olimpia, que no sois insensible á mi amor. (con aire hipócrita.)

OLIM. Lo que yo repetiré, no una sino ciento, es que os amo lo suficiente para que esta casa me parezca una horrible prision, y todo lo que yo puedo deciros es, que si no se realiza lo que os he propuesto, se derramarán aqui muchas lágrimas, y sereis causa de una gran desdicha. (ap.) A fé mia que no podrá decirse que miento.

CAM. Es demasiado grande mi felicidad para que vacile ni un solo momento; esta misma noche os sacaré de aqui.

OLIM. Si, pero como todo está rodeado de centinelas...

CAM. Eso es lo que menos importa; todos están á mis órdenes... lo único que necesitaríamos, seria encontrar un hombre inteligente y decidido, que os acompañase hasta fuera de la línea de los centinelas.

OLIM. (como quien discurre.) Un hombre inteligente y decidido?... Ese jóven que estaba aqui ahora mismo, seria el mas á propósito si quisiese encargarse de hacerlo.

CAM. Quién? Ese Genaro?

OLIM. El mismo. A vos no os falta talento para persuadir á ese pobre rústico de que gana muchísimo con serviros en este apuro.

CAM. Convengo en ello; dejadlo de mi cuenta: lo único que os encargo, es que os halleis dispuesta á marchar cuando sea hora.

OLIM. Dentro de un instante, cuando despues de anochecer vayamos á la oracion con los velos echados como es costumbre, yo me acercaré á vos, y os diré... Soy yo, que estoy dispuesta.

CAM. Esta bien... ahora permitid... (quiere besarle

la mano.)

OLIM. (retirando la mano.) Oigo pasos. Es Genaro; tratad de seducirle, y no olvidéis que mi dicha está en vuestras manos. (se aleja y va al encuentro de Genaro.)

CAM. Adorable criatura! Está perdida por mi... Esta es una conquista que me hace mucho honor.

OLIM. (á Genaro en voz baja, durante el aparte anterior.) Haz lo que él te mande sin vacilar. (entra en el cuarto donde entró Beatriz.)

ESCENA XIII.

GENARO y CAMPEGGI.

Apenas se ha ido Olimpia, cuando Campeggi se acerca con viveza á Genaro y le da un golpecito en el hombro.

CAM. Escucha, joven; tú no eres muy rico.

GEN. Es demasiado cierto. (empieza á oscurecer.)

CAM. Es decir que lo que te hace falta para serlo, es tener mucho dinero.

GEN. Tambien eso es verdad.

CAM. Pues mira, yo te lo daré, si quieres ayudarme en cierta cosa que me interesa mucho.

GEN. Y en qué puedo yo serviros?

CAM. Mira, amigo mio; en esto yo soy pescador lo mismo que tú, con la diferencia que tú pescas en el lago, y yo, sin mojarme, he cogido un pececito muy mono en esta casa.

GEN. Comprendo perfectamente... Lo que queréis ahora de mi, es que ponga mi barquito y mis remos á vuestra disposicion.

CAM. Justamente. Yo me encargo de hacer que mi bella fugitiva atraviese las líneas de centinelas sin novedad... A ti te toca el esperarla á orillas del lago.

GEN. No haré falta á donde me decis, monseñor.

CAM. Yo creo que tu familia no se negará á darla asilo por unos dias.

GEN. No podiais haberos dirigido á otra persona que tuviese mas gusto que yo en haceros este servicio, señor de Campeggi.

CAM. Muy bien; ahora acepta este bolsillo que no es sino una muestra de lo que te daré en adelante.

GEN. Señor marqués, si supieseis el gusto que tengo en serviros en esta ocasion, no hubierais tratado de recompensármelo con oro... podeis guardar vuestro dinero.

CAM. De veras? Eso es muy heróico, amigo mio; las gentes del pueblo teneis á veces ciertos rasgos de generosidad que admiran.

GEN. Como los grandes señores son los que tienen el dinero, alguna cosa le habia de quedar al pobre pueblo que valiese mas que todos los tesoros.

CAM. Escucha; ya tocan las oraciones, y esta es la hora convenida... No te olvides de lo que te he dicho, y vete á esperar á mi amada á la orilla del lago.

GEN. No faltaré. (salen juntos.)

ESCENA XIV.

OLIMPIA, BEATRIZ, la Directora, maestras y Colegialas.

(salen Olimpia y la duquesa de donde habian entra-

do últimamente Olimpia. Beatriz con el traje y velo de novicia, y Olimpia con el velo de la duquesa; ambas cubiertas el rostro con sus mantos ó velos. En el momento que llegan en medio del escenario la duquesa titubea y se detiene.)

BEA. (levantándose el velo.) Las fuerzas me abandonan.

OLIM. (levantando el suyo.) Valor, señora; valor, y os salvais.

Vuelve á echarse el velo: poco á poco se llena la escena de educandas, que van saliendo por todas partes: la verja dorada se ha abierto, y Olimpia, con el traje de Beatriz, las sigue, entrando todas en la capilla. Beatriz se queda la última, y al propio tiempo sale Campeggi al cual se acerca y dice al oído.

BEA. (á Campeggi.) Soy yo, ya estoy dispuesta.

CAM. Venid... Dentro de un momento os acompañaré. (ap.) Ya es mia. (la toma de la mano, y conduce á la puerta de donde acaba de salir.)

BEA. Gracias, Dios mio, por fin veré á mi hijo.

FIN DEL CUADRO PRIMERO.

CUADRO SEGUNDO.

Bosque. A la izquierda y casi en el proscenio, una pequeña ensenada del lago, y un botecillo amarrado que figura estar fluctuando sobre las aguas. Al lado derecho está la espesura del bosque. Desde esta espesura hasta el otro extremo del teatro, que se eleva en forma de colina, se extiende la línea de robles, que son siete. Al pié del del centro, hay una piedra que pueda servir de asiento. En el fondo hay un claro de árboles, á través del cual se ven las orillas del lago.

ESCENA PRIMERA.

MARINI, JACOBO, leñadores y luego GENARO.

Al levantarse el telon los leñadores están con el hacha en la mano, los que están en el fondo se van marchando poco á poco. Marini y Jacobo que trabajan en el primer término son los únicos que quedan en escena.

MAR. Se me ha mellado el hacha, y como hace mas de media hora que se ha puesto el sol, voy tambien á retirarme hácia mi casa.

JAC. Vamos, hombre, un poco mas todavía. (trabajando.)

MAR. Muy trabajador estás hoy.

JAC. Es que el que no trabaja... en fin, ya sabes el refran.

GEN. (entrando) Este es el lugar de la cita. Haced todo lo que os mande ese oficial, y tened confianza en mi. Estas han sido las palabras de Olimpia. He obedecido ciegamente, y ahora lo único que me resta es esperar... Alejemos á estos hombres. (alto.) Hola, muchachos.

LOS DOS. Felices, nuestro amo.

GEN. Ya habeis trabajado bastante por hoy... podeis retiraros á vuestras casas.

MAR. No corre priesa: la luna no tardará en salir, y no podemos perdernos de aqui á casa.

GEN. (Es preciso alejarlos á toda costa.)

JAC. Vais á pescar esta noche?

GEN. Si, á cazar ó á pescar... Vaya, ya es tarde,

vuestras mugeres os estarán esperando.

JAC. Me parece que lo que quiere es que nos marchemos de aqui. (en voz baja.)

JAC. (á Marini en el mismo tono.) Tendrá alguna cita, cosas de jóvenes.

GEN. Vaya, buenas noches, muchachos.

MAR. (á Jacobo en voz baja.) No te lo decia yo?

JAC. (en el mismo tono.) Está visto, nos despide.

MAR. Deseais estar solo, señor Genaro, no es verdad?

GEN. Yo... no, pero...

MAR. Porque no lo decis francamente y en seguida nos hubiéramos marchado?

GEN. Gracias, amigos míos; ea, buenas noches.

JAC. (riendo.) Buenas noches, y buena caza, señor Genaro. (vanse.)

ESCENA II.

GENARO solo.

Habrá escuchado el cielo mis ruegos? Sin duda en este momento ya deben estar las dos en libertad... Llevaré á Olimpia á mi casa y permanecerá al lado de mi familia hasta que un sacerdote bendiga nuestra union, que se verificará en cuanto yo haya cumplido el encargo de mi madre. Cerca de aqui se halla el depósito confiado á nuestra honradez. Sin duda que Dios nos reserva un porvenir mas venturoso, cuando ha permitido que un pobre leñador tuviese en sus manos los bienes de un príncipe y el destino de todo un pais... Pero Olimpia no viene... Ah! me parece que oigo pasos; ella es, no hay duda.

ESCENA III.

GENARO y BEATRIZ.

GEN. (sale corriendo á recibir á Beatriz que sale con el velo echado.) Mi amada Olimpia!

BEA. (levantándose el velo.) No es Olimpia.

GEN. Cómo es esto, señora?

BEA. No es vuestra amada la que teneis á vuestra vista, pero si una muger cuyo reconocimiento al servicio que ahora la prestais, será eterno... Mi presencia os aclara suficientemente todo el misterio. Olimpia se ha sacrificado quedándose en mi lugar? Sereis vos menos generoso que ella?

GEN. No, pero cuando se descubra la verdad, Olimpia va á verse espuesta.

BEA. Antes que pueda verse en peligro, ya la habré yo salvado; asi se lo he prometido y ahora vuelvo á reiterar aqui mi promesa. Motivos poderosos, que aun no es tiempo de revelar, son los solos que pueden hacerme obrar de un modo que con razon os parecerá extraño y hasta poco delicado. Dejemos esto para otra ocasion, y vamos á lo que interesa en este momento... Olimpia confia en vos como en un hermano, y yo me entrego tambien enteramente á vos, persuadida de que sois un joven valiente y honrado.

GEN. Puesto que lo que me habeis dicho es la voluntad de Olimpia, podeis contar con la obediencia mas ciega de mi parte. Disponed de mi como gustéis, señora.

BEA. Que corazon tan noble. Ahora antes de partir, voy solamente á exigir una cosa de vos; me prometeis bajo vuestro honor, que guardareis á todo trance el secreto de la fuga que vamos á emprender?

GEN. (*poniendo la mano sobre su corazon.*) Os lo juro, señora.

BEA. Gracias, Genaro. Este servicio no se borrará jamás de mi corazon.

GEN. (*oyendo ruido.*) Silencio, alguno se acerca.

BEA. Huyamos.

GEN. Dadme el brazo, señora; pronto! pronto! (*la duquesa dá el brazo á Genaro y entra en el botecillo; Genaro toma los remos.*)

BEA. Ahora cúmplase la voluntad del Señor. (*el barquillo desaparece.*)

ESCENA IV.

BRACCHIO y despues TORRIANI.

Apenas han desaparecido Beatriz y Genaro, cuando llega Bracchio por la derecha armado con un fusil. Despues de dar dos ó tres pasos se para de repente.

BRA. (*reconociendo el terreno.*) A cincuenta pasos del lago, á orillas del bosque... esto es; á mi izquierda está el colegio de Santa Rosalía... por consiguiente delante de mi debe estar la hilera de los árboles.

Casi al mismo tiempo que ha entrado por la derecha, entra Torriani por la izquierda: ya se ha dejado ver en lo alto de la colina, y lleva la carabina de Genaro. Al llegar á lugar proporcionado se para como hizo Bracchio.

TOR. Si no he oido mal, el sitio donde se oculta el tesoro no puedo menos de encontrarlo con unas señas tan exactas. Con efecto, aqui es.

BRA. (*que se ha adelantado.*) Busquemos el primer roble.

TOR. Por cualquiera de los dos lados que empiece á contar, al pié del cuarto roble se ha de hallar lo que busco.

BRA. Que oscuridad tan grande. (*toca un árbol.*) Ya di con el primero. (*pasa al segundo.*) Dos. (*se dirige al tercero.*)

TOR. (*que ha empezado á contar por el lado opuesto y ha hecho lo mismo que Bracchio.*) Dos.

BRA. (*deteniéndose entre el tercero y cuarto roble.*) Me palpita el corazon.

TOR. Mi emocion va en aumento á cada paso que doy.

BRA. (*yendo al tercer árbol.*) Tres.

TOR. (*haciendo lo mismo.*) Tres.

BRA. Me parece que he oido ruido.

TOR. O es el ruido que hace el viento, ó se me figura que alguno se acerca aqui. (*momento de silencio.*)

BRA. Con dar nada mas que dos pasos, ya es mio el tesoro.

TOR. Casi estoy tocando ya lo que me ha de dar la fortuna y el poder.

LOS DOS. (*casi á un mismo tiempo.*) Cuatro!

LOS DOS. Quién anda ahí?

(*Bracchio y Torriani llegan al cuarto roble casi al mismo instante, cada uno de ellos pone el pié sobre la piedra que sirve de señal.*)

TOR. Por última vez; quién anda ahí?

BRA. Uno que no vuelve atrás tan facilmente

cuando ha tomado una resolucion.

TOR. Esta voz es la de Bracchio.

BRA. (*reconociéndole.*) Este es el conde. Monseñor, os habeis equivocado; no es este el sitio para donde os habia citado.

TOR. No? Estas seguro de ello?

BRA. Y tan seguro!.. conozco perfectamente el bosque... os habeis extraviado... conque tomad el verdadero camino, que es el de la derecha y hasta la vista.

TOR. Como hasta la vista? Yo no tenia otro objeto que el de hablarte, por consiguiente, no me muevo ahora que ya te he encontrado.

BRA. (*ap.*) Maldito seas.

TOR. Lo que me choca, es que si yo me he perdido como acabas de decir, á ti te ha pasado lo mismo, á pesar del conocimiento que tienes del bosque.

BRA. Yo no me he perdido... sino... que... como...

TOR. En fin, eso nada importa. Sea comoquiera, ya estamos reunidos, y sólo falta que vayas á cumplir la comision que te di.

BRA. Os lo agradezco; pero id vos mismo si quereis, y sino haced lo que os acomode, porque yo tengo otros medios menos espuestos de enriquecerme.

TOR. Ahora me sales con eso?

BRA. (*entregándole la carta.*) Ni mas ni menos. Ahí teneis vuestra carta, y á Dios.

TOR. (*sin menearse.*) A Dios, ya que así lo quieres.

BRA. (*id.*) A Dios, señor conde.

TOR. A Dios señor conde!... pero no te mueves de tu sitio.

BRA. Segun veo, tampoco vos quereis moveros.

TOR. En efecto, deseo quedarme aqui.

BRA. Pues lo mismo me sucede á mi.

TOR. Es que quiero quedarme solo.

BRA. Lo mismo me sucede á mi.

TOR. Creo que no habrás olvidado quién soy, por consiguiente, espero que me dejarás el campo libre.

BRA. Cuando el leñador se halla en el bosque, está en su propia casa, y á nadie cede el puesto.

TOR. Escucha, Bracchio... yo espero aqui á un sugeto... vete de aqui, y mañana me cubre de riquezas.

BRA. De veras? Pues bien, yo no espero á nadie ni de nadie necesito para ser rico... aqui mismo ha de venir á buscarme la fortuna.

TOR. Aqui?... Conque tú sabes...

BRA. (*apoyando con fuerza la culata de su fusil sobre la piedra.*) Todo lo que hay debajo de la culata de mi fusil, es mio.

TOR. (*haciendo lo mismo.*) Antes será preciso que levantes de aqui la culata de mi carabina.

BRA. Señor conde, habeis abusado indignamente de una casa en que se os dió la hospitalidad en circunstancias muy apuradas.

TOR. Vos habeis sorprendido vilmente un secreto que no se os confiaba.

BRA. (*retrocede y monta su fusil con mucha calma.*) Voy á responder á vuestras reconvencciones.

TOR. (*preparando su carabina del mismo modo.*) Perfectamente... ahora ya entiendo de qué modo vamos á entablar nuestra conversacion.

BRA. Señor conde, esta carabina tiene una carga regular de postas, y os advierto que á sesenta pasos malo un gamo á la carrera; considerad si esto es mas dificil que matar un

gran señor á pie firme.

TOR. Tú no has querido llevar esta carta al gran duque á pesar de mis ofertas, pues bien, ahora vas á llevarla al diablo de balde. (la mete por taco.)

BRA. Eso está por ver. (los dos apuntan á un mismo tiempo.) Cuidado, señor conde, que yo no seré el que yerre el tiro.

TOR. Aguarda un instante. Yo no estoy tan cierto de mi puntería y quiero proponerte un arreglo.

BRA. Cuál?

TOR. Partámos el tesoro entre los dos, y juremos guardar el secreto del mismo modo.

BRA. Preferis esto, á esto otro? (señalando su fusil.)

TOR. Y tú? (haciendo lo mismo.)

BRA. Pues partámoslo todo.

TOR. Entonces manos á la obra.

BRA. Manos á la obra.

TOR. Deja la carabina.

BRA. Cuando vos hayais dejado la vuestra, Monseñor.

TOR. Yo no suelto mi arma el primero.

BRA. Ea, pues, dejémoslas los dos á un mismo tiempo. (se van observando el uno al otro, se acercan y dejan las dos armas la una al lado de la otra.)

BRA. Ahora no perdamos tiempo.

TOR. Empecemos por levantar esta piedra.

BRA. (ayudándole.) Como pesa!... pero la levataremos.

TOR. Ahí está el tesoro.

BRA. (sacando un azadon que habia llevado consigo.) Aquí traigo á prevención con que encontrarlo. (se pone á cabar. En cuanto ha dado algunos azadonazos, Torriani debe hacer una accion por la que el espectador venga en conocimiento de que medita una traicion. Bracchio no debe advertir esta accion.)

TOR. (precipitándose sobre su fusil.) Aguarda, me parece que oigo pasos.

BRA. (oyendo los pasos del conde y creyendo que son los de otro.) En efecto, alguien se acerca... maldicion!

TOR. Silencio! (se dirige con mucho tiento hácia los árboles del bosque, y escucha.)

BRA. Y bien?

TOR. Chit! ya se alejan... ya no oigo nada!

BRA. Entonces continuemos.

TOR. (apuntándole.) Si, pero continuaré yo solo. (dispara y lo mata.)

BRA. (dando un grito al caer.) Ay!

TOR. En un secreto de tanta importancia no pueden estar dos personas, maese Bracchio.

(Continua el trabajo que habia empezado Bracchio.) Démonos priesa!... (trabaja con afán.)

El tiempo urge. Ya he dado en duro, pronto voy á lograr mi objeto. (Saca la caja y la abre.)

Los papeles... no quiero otra cosa... (los saca.)

Esto se mete en cualquiera parte. En cuanto á la caja, voy á tirarla al lago... no quiero cargar con un peso tan inútil. (vuelve á poner la tierra y despues la piedra.)

Hagamos que no quede el menor indicio! Llevo conmigo el poder y la grandeza. (coge la caja y quiere irse por la derecha, pero de repente se oyen unas voces que salen del bosque.)

Qué gritos son estos? Qué significan estas luces? (escucha un mo-

mento asustado.) Los leñadores que viven por el bosque, y que sin duda han oido el tiro. Por dónde me escaparé? (sube la colina. En este momento entra Luisa en escena con todos los demas.)

ESCENA IV.

LUISA, MARINI, JACOBO, y leñadores.

LUI. Qué habrá sucedido? Aquel tiro!... Dios mio, Genaro no ha vuelto aun ni Bracchio tampoco... Este es el sitio en donde mi hijo amarra su barquilla. (le llama) Genaro! Genaro! Nadie responde! (vé el cuerpo de Bracchio, aunque no le reconoce aun.) Ay! aquí hay un hombre tendido... luces. (acercan las antorchas, reconoce á Bracchio y se arroja sobre él, dando un grito de desesperacion.) Mi marido!... Bracchio... respóndeme... habla... soy Luisa... Ay! sus manos están heladas... está muerto...

TODOS. Muerto!

LUI. Sí, si, miradle.

MAR. (reconociéndole.) Asesinado de un balazo.

LUI. (casi delirando.) De un balazo! (se pone las manos en la frente.) Dios mio! Alejad de mi este funesto pensamiento. Asesinado de un balazo en este sitio! Bracchio muerto! En el parage en donde yo dije á Genaro que habia de venir á cumplir mi encargo... No... es imposible! (la escuchan.)

MAR. (acercándose vivamente hácia Luisa.) Qué es lo que quereis decir?

LUI. (turbada aun, pero conociendo que ha hecho mal en hablar.) Nada! Nada! (prorrumpe en llanto.) Estoy loca! no hagais easo de una muger delirante.

MAR. (adelantándose.) Pero Bracchio debe haberse encontrado aquí con una persona que nosotros hemos dejado.

LUI. Una persona? No, no ha sido con él.

MAR. Nosotros no hemos nombrado á nadie.

LUI. No... ah! es que yo creia... y qué persona es la que habeis dejado aquí?

MAR. Vuestro hijo.

LUI. Mi hijo!

MAR. Si, Genaro, que estaba impaciente porque no nos marchábamos y queria quedarse solo.

LUI. Mentis... mentis... no era mi hijo, no era Genaro, lo entendeis?

MAR. Como esta mañana ha amenazado á Bracchio...

LUI. Silencio, Marini, silencio... Dios castiga al que acusa al inocente.

MAR. Si, pero Dios maldice á los asesinos, Luisa. (Todos rodean á Luisa que cae desmayada en brazos de los leñadores.)

FIN DEL ACTO SEGUNDO.

ACTO TERCERO.

Sala pobre en casa de Bracchio, con puertas á los lados. En el centro una ventana cerrada; cuando se abre se vé un camino que conduce desde el bosque al lago. Sillas de madera: una mesa con recado de escribir. Se-

bre esta mesa una linterna que es la que ilumina la habitación.

ESCENA I.

FLORA y FLAVIO, *que aparecen registrando la habitación.*

FLO. Dios mio, no hay un alma en toda la casa.

FLA. Es una cosa muy particular.

FLO. Yo oí un tiro, y en seguida me levanté temblando como podeis figuraros; me fui al cuarto de Luisa inmediatamente, y no encontré allí á nadie; esto aumentó mi miedo y fui á llamar al cuarto de Genaro, el cual estaba abierto, y en donde tampoco habia sino las paredes y los muebles.

FLA. Pues qué, no ha vuelto todavía?

FLO. Así parece; ahora he venido á esta habitación creyendo encontrar á maese Bracchio, y ya veis que tan desierta está como todo el resto de la casa.

FLA. Maldito sea mi sueño; ya se vé, aun no son las tres de la mañana... Ea, vamos, que yo no tengo paciencia para aguardar aquí á que esto se aclare. *(va á salir, y se oyen dos fuertes golpes en la puerta exterior.)*

FLO. *(asustada.)* Qué golpes son estos?

FLA. Voy á ver lo que es.

FLO. *(deteniéndole.)* No abrais. Jamás maese Bracchio, ni ninguna otra persona de la casa, han llamado así.

FLA. *(detenido aun por Flora sube á la escena hasta llegar cerca de la ventana.)* A lo menos veamos con quien nos las vamos á ver. *(vuelven á oirse otros dos golpes.)* Flora, id á abrir, que es Luisa. *(Flora va á abrir.)* Qué habrá sucedido? Unas angarillas y en ellas el cadáver de un hombre. *(se dá un golpe en la frente.)* Ya caigo. Bracchio se ha suicidado en un momento de desesperacion. Corramos...

ESCENA II.

FLAVIO y LUISA.

Flavio despues de las últimas palabras ha ido á salir precipitadamente. Al mismo tiempo entra Luisa por la derecha que está al lado opuesto y coge á Flavio del brazo por detrás.)

FLA. *(volviéndose asustado.)* Ah! sois vos?

LUI. *(tapándole la boca con la mano y hablando en voz baja y angustiada.)* Silencio! que nadie oiga por Dios lo que voy á deciros... la vida de Genaro consiste tal vez en que no nos oigan.

FLA. Qué es lo que quereis decir? Explicaos.

LUI. Se ha cometido un crimen horroroso; Bracchio ha sido asesinado!

FLA. Asesinado!

LUI. Si; á la orilla del lago, y precisamente en el sitio en donde Genaro amarra su barca.

FLA. Y quién ha sido el asesino?

LUI. Yo no tengo bastante valor para deciros quien es el que acusan.

FLA. Dios mio!

LUI. Si es cierto que vos quereis á mi hijo, si en vuestro corazon hay algo de reconocimiento... *(juntando las manos en tono de súplica.)* un poco de humanidad tan solo...

FLA. *(poniendo la mano en su corazon.)* Señora, hablad sin reserva.

LUI. Pues bien, es preciso ir en busca de Genaro, y decirle lo que pasa... Es preciso que se prepare para defenderse si es inocente... y si es culpable tambien es menester que nos lo diga.

FLA. Quién? Genaro culpable de ese atentado tan atroz? Es imposible! no lo creeis así; Luisa?

LUI. Yo quisiera arrancar de mis entrañas las crueles sospechas que la agovian.

FLA. Desechad esos funestos pensamientos; cierto es que esta mañana, en un momento de ira, al ver que vuestro esposo iba á maltratarnos, pudo Genaro levantar la mano contra él, pero asesinarle vilmente, eso es imposible... una voz interior, que nunca engaña, se eleva en el fondo de mi corazon, y me dice, defiende á tu amigo Genaro, que está inocente del crimen que se le imputa.

LUI. Ah!... si, si, está inocente... no es así, Flavio? Con todo, es preciso que le veais, que le habléis.

FLA. Haré algo mas, señora, descubriré al culpado.

LUI. Y de qué modo?

FLA. Yo mismo lo ignoro todavía; mil ideas confusas vagan por mi mente. Aun no sé los medios que voy á emplear, pero tengo una conviccion intima de que voy á volver á la afligida madre, un hijo puro y digno de ella. *(vase.)*

LUI. El cielo os proteja. *(indicándole por donde ha de salir.)* Por ahí no, porque os encontrarais con ellos... están interrogando á los trabajadores... por aquí... por aquí... *(vase por la derecha.)*

ESCENA III.

LUISA sola un momento; despues el PODESTA, FLORA, MARINI, leñadores y mugeres.

LUI. *(viendo salir á Flavio.)* Qué buen corazon! No, mi hijo no es criminal!... pero, como no he de temerlo todo del juicio de los hombres, cuando yo, que le he dado el ser, no he podido menos de creerlo culpable? *(se arroja.)* Dios santo, perdonadme esta horrible sospecha... Dios mio! Dios mio! ilumina mi entendimiento, haced que me persuada de que mi hijo no es un asesino.

(En este momento los dos asesores del Podestá entran delante de él, mientras el magistrado se adelanta hacia donde está Luisa de rodillas aun. Entran todos los demás y forman grupo.)

POD. Luisa, os andábamos buscando. No debiais haberos separado de nosotros!

LUI. *(levantándose.)* Estaba orando, como habeis visto... y habia venido á buscar la tranquilidad, lejos del horrible espectáculo que me mata.

POD. Sosegaos, y tratad de responder á las preguntas que voy á haceros en cumplimiento de mi deber.

(A una seña del Podestá llevan una silla á Luisa, que se sienta en ella. El magistrado se sienta cerca de la mesa. Uno de sus asesores se sienta igualmente. Saca recado de escribir, y escribe el interrogatorio durante toda la escena.)

POD. Segun las noticias que se tenian del mal estado de los negocios de vuestra casa, se

- creyó en un principio que vuestro marido había atentado contra su vida. Sin embargo, el haber encontrado su carabina al lado del cadáver, y el ver que está cargada, dan á entender claramente que Bracchio no se ha suicidado, sino que lo han asesinado. (*Luisa esconde su cara entre las manos.*) Averiguar quien ha sido el asesino, y qué motivos pueden haberle escitado á cometer el crimen, es lo que ahora incumbe á la justicia. En este concepto es preciso que vos os prestéis á darnos cuantas luces podáis sobre este particular.
- LUI. Estoy pronta á responder á cuanto me preguntéis.
- POD. Segun consta por las declaraciones recibidas, Bracchio habia ido esta mañana á ver á sus acreedores, á quien parece debia algunas sumas de consideracion... sabéis si acaso llevaba esta cantidad consigo, ó parte de ella á lo menos?
- LUI. Señor Podestá, hace tiempo que carecemos de recursos, y no puedo deciros cuál fué la causa que motivó la salida de mi marido esta mañana, mas lo que si puedo aseguraros es, que no llevaba encima cantidad alguna de dinero.
- POD. Segun eso, no creéis que su muerte pueda atribuirse á que hayan querido robarle? Sospechais si acaso una venganza...
- LUI. Lo ignoro! Nada puedo deciros sobre ese punto.
- POD. Tal vez entre los trabajadores de vuestra casa, se halle alguno que pueda aclarar mas la cuestion. (*movimiento entre los leñadores.*) Quién de vosotros se llama Marini?
- MAR. (*saliendo del grupo y acercándose.*) Un criado de vuestra señoría.
- POD. Vos sois uno de los trabajadores mas antiguos de esta casa. Sabéis si vuestro amo tenia algún enemigo?
- MAR. No le conocia ninguno; cuando el trabajo iba bien, nos trataba como á unos compañeros, mas cuando empezó á seguirle la desgracia, alguna vez nos reñia en términos algo bruscos, efecto de su mal humor; pero en volviendo la espalda, ya no se acordaba de cuanto habia pasado.
- JAC. Esa es la verdad.
- POD. Silencio! ya respondereis cuando llegue vuestro turno... Conque segun eso, vuestra opinion es que Bracchio no tenia enemigos?
- MAR. Tal creo, señor Podestá; pero alguno habrá tenido cuando lo han asesinado. (*vuelve á su puesto y Jacobo se adelanta.*)
- POD. Quién es el que hablaba hace poco?
- JAC. Un servidor vuestro.
- POD. Habeis presenciado alguna disputa entre Bracchio y algun otro individuo de su familia, ó de fuera de ella, como por ejemplo, con alguno de sus trabajadores?
- JAC. Lo que es con los trabajadores jamás, sobre todo con nosotros, porque agradecidos al pan que comemos, jamás asesinamos á nuestros amos.
- POD. Segun eso, no habeis tenido conocimiento de que Bracchio haya reñido con nadie?
- JAC. No señor, porque el reñir con la muger ó con el hijo, eso no se cuenta.
- POD. Es decir, que la familia no vivia en buena armonía?
- JAC. No señor.
- LUI. Jacobo!
- JAC. (*queriendo enmendarlo.*) Si señor; habia armonía, porque aunque riñesen por la mañana, por la tarde se hacian las paces. Además, todo el mundo sabe que Luisa no puede tener ni mas paciencia ni mas resignacion.
- POD. Y Genaro, su hijo, era tan sufrido como ella?
- JAC. Los hombres tenemos peores pulgas, como suele decirse, sobre todo cuando somos jóvenes; y luego, que Bracchio no era mas que padrastro de Genaro.
- LUI. (*interrumpiéndole vivamente.*) Desgraciado!
- POD. (*volviendo hácia Luisa con la misma viveza.*) Es muy estraño que una persona de la misma familia, que debia estar aquí, no se haya dejado ver.
- LUI. (*tratando de disimular.*) Una persona de mi familia?
- POD. Sí, vuestro hijo Genaro. Es ya mucho mas de media noche, y su ausencia es muy estraña en las circunstancias presentes.
- LUI. No debeis estrañarla. Esto es muy frecuente. Mi hijo estará pescando ó cazando en el lago, y nada puede saber de la desgracia que ha ocurrido; su ausencia no debe induciros ni la mas leve sospecha.
- POD. Quién sabe, porque es público que esta misma mañana, Genaro se ha dejado llevar de su cólera, hasta amenazar de muerte á su padre.
- LUI. Sí, pero el que os ha dicho eso, no os ha dicho lo arrepentido que estaba de haberse dejado llevar de un primer movimiento. No os ha contado sus lágrimas y su desesperacion? Casi todos los que están presentes han visto el lance de esta mañana... que hablen, y vereis como tengo razon... Dios me perdone, pero Genaro no era el mas culpable en aquel arrebató.
- POD. Sin embargo, la justicia debe aprovechar hasta el menor indicio que pueda aclarar la verdad... Además, ya vá á amanecer, y Genaro no parece.
- LUI. Dios mio! y qué es lo que os atreveis á sospechar, señor magistrado?
- POD. Nada, que no lo justifique suficientemente la ausencia de vuestro hijo.
- LUI. Pero mi hijo vendrá; mi hijo se justificará...
- MAR. (*mirando por la ventana.*) Señor Podestá, Genaro acaba de saltar de su barca, y se dirige hácia aquí.
- LUI. Ya lo veis... Bien decia yo que mi hijo no era culpable.
- POD. Silencio! Que se retire todo el mundo, es menester que Genaro crea que está solo al entrar aquí.
- LUI. Quereis tenderle algun lazo?
- POD. Si está inocente, no puede caer en él... Un magistrado, señora, no puede tener interés en que haya culpados. Averiguar la verdad de los hechos es lo único que le interesa. Salid todos.
- LUI. (*aparte.*) Quiera Dios que Flavio haya tenido tiempo de prevenirle.
- (A una señal del Podestá se retiran todos. Luisa da

una mirada de dolor hácia la puerta por donde debe entrar su hijo.)

ESCENA IV.

GENARO y despues los mismos.

GEN. (*entra con cautela y escucha.*) Todo el mundo duerme. Sin duda se han acostado á la hora regular, y sin que estuviesen inquietos por mi ausencia. (*saca un papel.*) Pero qué papel será este que me ha arrojado Olimpia por la ventana?... Como la noche está tan oscura, no he podido leerle... Veamos lo que dice.

POD. (*desde el fondo.*) Un papel!

GEN. Qué veo? Todo está descubierto! Quiera Dios que ella no se comprometa. (*leyendo.*) « No hay mas remedio que la fuga; » la fuga, y quiere que huya sin ella?— Que la abandone, cuando se encuentra en tan gran peligro?... No, Olimpia; si llego á huir, no será sin que tú vayas en mi compañía. (*sube al escenario y se dirige hácia el foro.*)

POD. (*saliendo con todos los demas.*) Deteneos. Genaro.

LUI. (*atravesando la turba y llegando hasta Genaro.*) Hijo mio! hijo mio!

GEN. (*atónito.*) Qué sucede, madre mia?

LUI. Hay quien se atreve á acusarte.

POD. Señora, por el interés del mismo Genaro callad. Genaro, de donde venis á estas horas?

GEN. Yo? Que de donde vengo? Pero á qué viene esa pregunta? ¿Qué es lo que hace aquí el señor magistrado?

POD. En lugar de interrogarme, responded á mi pregunta... De dónde venis?

GEN. No puedo responderos.

LUI. Hijo mio!

POD. Podreis decirme á lo menos, en dónde estabais á las oraciones?

GEN. (*aparte.*) Olimpia tiene razon, todo está descubierto. (*alto.*) Señor Podestá, creo comprender perfectamente el motivo de vuestra pregunta, pero me es imposible responder á ella.

LUI. Desgraciado, mira que te pierdes.

POD. Segun eso, confesais que sois el culpado?

GEN. Puesto que ya lo sabeis, segun me lo indica vuestra presencia en esta casa... lo confieso, si señor, yo he sido.

LUI. Por Dios, Genaro, no prosigas!... Sabes tú que de lo que te acusan es un asesinato?

GEN. De un asesinato?

POD. Silencio, Luisa.

LUI. Cómo quereis que calle una madre, cuando ve que su hijo va á perderse por ignorar el crimen que se le imputa? Si, hijo mio, se ha cometido un asesinato horroroso.

GEN. Y quién ha sido la víctima?

LUI. Quién? tu padre!

GEN. Mi padre!

LUI. Si, tu padre, y dicen que tú eres el asesino.

GEN. Que horror! Yo el asesino de mi padre!... Jamás.

LUI. Ya sabia yo que no era él el culpable.

POD. Os obstináis aun en callar? Nos direis, en fin, de dónde venis? En dónde habeis estado? Y á qué hora?

GEN. No señor; jamás diré en donde he estado esta noche.

LUI. Justificate, hijo mio, justificate; ahora ya

sabes la horrorosa acusacion que pesa sobre ti, y ya ves que es indispensable que digas de donde vienes, y en donde estabas á la hora de las oraciones.

GEN. No lo diré, aunque mi silencio me haya de costar la vida. (*aparte.*) Lo he jurado.

POD. Mirad lo que haceis; vuestro silencio puede costaros mas que la vida, puesto que llevaréis impreso en vuestra frente el infame sello del parricidio.

GEN. Parricida yo! Ah! Dios sabe que soy inocente.

POD. A lo menos decidnos qué papel es ese que habeis recibido.

GEN. El papel que yo he recibido? No entiendo lo que quereis decir.

POD. (*á los esbirros.*) Registradle!

GEN. Deteneos; ahorradme á lo menos esa humillacion. (*entregando la carta y diciendo aparte.*) Olimpia tu secreto morirá conmigo.

POD. (*leyendo.*) ¡Todo está descubierto, Genaro; si llegan á sospechar de ti, si la verdad llega á descubrirse, estás perdido sin remedio; huye, huye, ponte en salvo cuanto antes.

LUI. Es imposible! Ese papel no puede decir lo que acabais de leer... No es verdad, hijo mio, que esa carta no va dirigida á ti?

GEN. Esta carta está dirigida á mi, pero el crimen de que se me acusa, no tiene nada que ver con el asesinato de mi padre.

POD. Siendo así, decidnos la falta á que hace referencia este billete... Decidnos, quién es la persona que os lo dirige?

LUI. Habla, hijo mio, habla!

GEN. Es imposible!

LUI. Infeliz! mira que te pierdes.

POD. Prendedle.

FLA. (*entrando.*) Genaro está inocente. (*viene acompañado de tres aldeanos, que traen una carabina.*)

TOD. Qué dice?

FLA. Deseando descubrir al culpado, me dirigí al sitio de la catástrofe acompañado de tres hombres, y despues de registrar escrupulosamente, he encontrado...

LUI. El qué?

FLA. El arma con que se ha cometido el crimen. (*va y toma la carabina de manos del aldeano.*) Miradla, señor magistrado.

LUI. (*aparte.*) Cielos, la de mi hijo!

GEN. Qué veo! Dices que esta carabina estaba en el sitio donde ha sido asesinado mi padre!

FLA. Si.

POD. La reconocéis?

GEN. Soy incapaz de mentir. Esta carabina es mia.

FLA. No puede ser.

GEN. Repito que es mi carabina.

TODOS. Ah!

GEN. Pero no soy culpable.

POD. Basta de pruebas; los jueces sentenciarán. (*á los alguaciles.*) Prendedle.

FLA. Deteneos, señor magistrado; cuantos están presentes respondemos de la inocencia de Genaro; consultad nuestros semblantes, y vereis en ellos el dolor y la indignacion. Mirad esa pobre madre, á quien el mismo exceso del dolor no permite ni hablar ni derramar una lágrima. Desengañaos, señor magistrado, ma-

dres como está; no tienen hijos asesinos.
 Pod. Si es inocente, nada tiene que temer de la justicia. (á los esbirros.) Vosotros, cumplid mis órdenes.

FLA. No lo permitiremos. (separándolos.)

Tod. (alborotándose.) No, jamás.

GEN. Nada de resistencia á la justicia Flavio. (al Podestá.) Señor magistrado, permitid que hable dos palabras con mi madre. (el Podestá duda si debe acceder.) Sino lo haceis por mi, á lo menos hacedlo por su dolor.

(El Podestá hace retirar á todos los asistentes al fondo de la escena. Luisa y Genaro quedan solos en el proscenio.)

GEN. Madre mia, soy tan digno de vuestro cariño como lo he sido hasta aquí; vuestro hijo no morirá, y ahora mismo puede probaros que está inocente.

LUI. Es cierto lo que dices, Genaro?

GEN. Indudable. Si he callado delante del magistrado, si no he querido descubrir el misterio, es porque he jurado no revelar lo que he hecho esta noche, pero hablar con una madre es hablar con Dios.

LUI. El te bendiga, si lo que vas á decirme prueba que eres inocente.

GEN. Puedo probar, que cuando se cometió el crimen, no me hallaba en aquel sitio... Si, madre mia; cuando sonó el tiro habia una muger en mi barca, cuyo nombre ignoro, pero cuya alma es noble y generosa, y no tendrá inconveniente en declarar la verdad ante mis jueces.

LUI. Pero aunque sea como tú dices, cuándo ó cómo ha de venir esa muger para convencer al tribunal de la verdad?

GEN. Oídme! mañana al anochecer, estará al otro lado del lago... Yo debia ir á reunirme con ella, pero vos ireis por mi... La señal convenida, es agitar un pañuelo... Dirigios francamente á ella, y decidla quién sois y el peligro en que me encuentro.

LUI. Estás cierto de que te salvará? Estás seguro de que vendrá á presentarse ante los jueces?

GEN. Segurísimo! Ahora que ya os dejo mas tranquila, id á orar por vuestro esposo, y pedid á Dios que descubra al asesino. (dirigiéndose al Podestá.) Estoy pronto, señor magistrado.

Pod. Vamos.

GEN. A Dios, Flavio. (abrazando á su madre.) No te encargo mas, que cuides de mi madre.

FLA. (Dándole la mano y estrechándose.) Descuida, que le serviré de hijo.

(Cuadro general; Luisa cae en una silla llorando, al mismo tiempo que los alguaciles se llevan á Genaro, viéndose el dolor pintado en el rostro de los aldeanos; cae el telon.)

FIN DEL ACTO TERCERO.

ACTO CUARTO.

El teatro representa un bosque orillas del lago, el cual se verá en el fondo.

ESCENA I.

TORRIANI y despues CAMPEGGI. Al levantarse el telon aparece TORRIANI durmiendo sobre un peñasco y bajo unos árboles.

TOR. Diablos, y como me he dormido! Yo me re-

costé debajo de estos árboles, y la delicia del lugar no me ha hecho acordar el peligro á que me veia espuesto. Despues del suceso del bosque, debo ser mas cauto para lo sucesivo. Toda la noche y parte del dia, no he hecho mas que correr breñas y vericuetos, por eludir las pesquisas de los leñadores, que ansiosos de descubrir al asesino de Bracchio, todo lo han recorrido con una perseverancia digna de mejor suerte. Cáspita, gracias á mi agilidad, no han podido verme, pues si no me tienta el diablo en encaramarme sobre aquellos frondosos álamos, no hay duda, que caigo entre sus manos. (registrándose.) Ahora veamos si con la fuga se han estraviado alguno de tan interesantes papeles. (saca del pecho unos papeles y los reconoce.) No, ninguno; todos están aqui. Ve ahí, señor duque, el precioso talisman que debe abrirme la puerta de vuestro palacio. Segun pude oír á mis perseguidores, se encuentra en estos momentos muy cerca de estos sitios, en el convento de santa Rosalia. Lo primero de todo es encerrar estas pruebas bajo de un sobre, y en seguida buscar una persona que se encargue de llevar al duque la nueva de mi aparicion. Demos principio á la obra, que despues algun leñador podrá encargarse de presentarme mi mensaje. (se sienta en un peñasco y coloca los papeles bajo un sobre, el cual cierra con oblea.)

CAM. Está visto que no hallaré por donde escapar! En todo el lago no se descubre un solo barco, y los hombres que me perseguian no tardarán en dar con mi pobre persona. Miserable de mi! Enamorarme de aquella chiquilla, la cual se ha burlado de un modo tan escandaloso, siendo lo peor del cuento, que acaso su burla llegue á costarme nada menos que la cabeza! Qué partido tomar! (se sienta en un peñasco, abismado en sus meditaciones, y oculta su rostro entre las manos.)

TOR. Ahora dejemos estos papeles en manos seguras. (reparando en Campeggi.) He aquí el hombre que necesitaba. (acercándose á él y dándole en el hombro.) Ola, señor capitan Campeggi!

CAM. (levantándose sobresaltado.) Como?... Quién ha pronunciado mi nombre?

TOR. No me conocéis?

CAM. Ah!... si... vos sois quien me entregó la capa y el bolsillo de Torriani.

TOR. Todavía soy algo mas; y supuesto que segun he oido decir esta mañana, estais proscripto como yo, no hay inconveniente en que sepais que soy el mismo Torriani en cuerpo y alma.

CAM. Torriani!... Es preciso confesar, señor conde, que debeis ser muy diestro para haber escapado á mi penetracion. Ya se ve, como he estado ausente de la corte tanto tiempo, y apenas hace tres dias que el duque me confió esta comision...

TOR. Dejemos eso para otro dia, y ocupémonos de lo que mas nos interesa. Qué os ha sucedido?

CAM. Ahí es una friolera! El gran duque me habia confiado la custodia de la viuda de su hermano, á la que hizo tomar el nombre de la condesa de Amalfi, diciéndome que respondia con mi cabeza si la dejaba escapar.

TOR. Y cumplisteis la comision?...

CAM. Lo mas tontamente del mundo, gracias á una chiquilla que me volvió loco con sus guiños y

arrumacos.

TOR. Eso nada importa, y me alegro. (*gesto de desagrado en Campeggi.*) Pues si mañana llego á ser primer ministro, vos sereis la tercera persona de la corte.

CAM. Señor conde, habeis olvidado que nuestras dos cabezas no están muy seguras sobre sus hombros?

TOR. Eso consiste en que vos no comprendeis lo que pueden hacer dos cabezas que parece no se sostienen sino en un hilo. Cuando los hombres se ven tan comprometidos como lo estamos nosotros, se arriesga el todo por el todo. La audacia y el valor heróico, son hijos de la desesperacion la mayor parte de las veces.

CAM. Pero en este momento, qué partido es el que vos podeis sacar de mi desesperacion, y qué es lo que yo puedo prometerme de la vuestra?

TOR. Todo. Nuestra situacion hace que tengamos que entregarnos el uno al otro, y que seamos fieles si queremos eludir el peligro que nos amenaza.

CAM. Y qué debo hacer?

TOR. Tomar este pliego, y guardarlo con mucho interés mientras voy á presentarme al gran duque.

CAM. Con qué objeto?

TOR. Con el de volver á obtener su gracia. Si salgo con bien de mi tentativa, os cumplo la promesa de ser el primero en la corte; mas si llega á vuestra noticia que el gran duque, en lugar de escucharme, me ha mandado prender, entonces no teneis que hacer otra cosa sino entregar al Senado este pliego que acabo de confiaros.

CAM. Hemos convenido, en que si me mandais llamar, me presento á vos y llevo conmigo estos papeles. Pero si sé que os han preso, entonces los entrego al presidente del Senado.

TOR. Perfectamente! Cuidado con iros á equivocarse despues.

CAM. Vivid tranquilo; he desempeñado muy mal mis otras dos comisiones, y no quiero me suceda lo propio con la tercera. (*vase por la izquierda.*)

ESCENA II.

TORRIANI, el DUQUE y cortesanos.

TOR. Ya vienen hácia aquí, pronto, marchaos por ese lado. (*Campeggi se va por la izquierda.*) Olvidemos lo pasado y pensemos en el porvenir. (*mirando á la derecha.*) Allí veo al gran duque seguido de sus cortesanos. Sin duda habrá despedido sus carrozas, y querrá marchar á pie hasta su palacio, á fin de gozar de la perspectiva de tan deliciosos sitios. Ocultémonos, y aprovechemos la primera ocasion que se nos presente. (*se oculta tras un matorral.*)

COR. 1.º (*salen el duque y los cortesanos, seguidos de criados y pages.*) Cada vez gozais de mas salud, señor duque.

DUQ. Si, y esa es la razon porque he mandado á mis criados me aguardasen al otro lado del bosque

COR. 2.º La fortuna sonrie continuamente á V. A., desde que alejó de su lado al pérfido consejero, que queria tenerle sujeto bajo su cetro de hierro.

TOR. (*ap.*) Ahora comienza mi relacion de méritos.

DUQ. No me recordeis á semejante malvado. Quiero que se concedan recompensas, á cuantos han contribuido á arrojarle de mi reino. Mil escudos á quien le presente vivo ó muerto.

COR. 1.º Otros mil añado yo, para secundar las ideas de V. A.

TOR. Y yo me presento á ganar el premio.

UNOS. Torriani!

OTROS. Qué audacia!

TOR. Tengo el honor de presentar mis respetos á V. A.

DUQ. Apoderaos de él.

TOR. (*á los cortesanos que se acercan.*) Deteneos, señores. (*al duque en voz baja, recalcando cada una de sus palabras.*) Reflexionad, señor, que si hoy me mandais prender, mañana bajareis las gradas del trono; y que si me quereis decapitar, caerá al propio tiempo vuestra cabeza.

DUQ. Tratarias amedrantarme!

TOR. Nada de eso! (*con aire burlesco.*)

DUQ. Entonces... con qué datos...

TOR. Me juzgais tan necio, que sabiendo yo quién sois, haya venido á entregarme en vuestras manos sin haberlos reunido?

DUQ. (*ap.*) Qué irá á decir?

TOR. Pensais que si no tuviese en mi poder otras armas que pueden serme de mas provecho, hubiese vacilado ya en vengarme de vos, cuando tan facil me es envainar un puñal en vuestro pecho? (*el duque reflexiona.*)

COR. 1.º Señor, qué disponeis?

DUQ. Retiraos, yo os llamaré.

TOR. (*con aire burlesco.*) Tendré el honor de comunicaros las órdenes de S. A.

ESCENA III.

TORRIANI, el DUQUE.

DUQ. Tened presente, que cuanto aquí hago no es mas que dilatar un momento mi justicia. Reflexionad que no os concedo mas que media hora.

TOR. Tiempo de mas, porque antes de cinco minutos vais á llamar vos mismo á todos los cortesanos, y á decirles me volveis vuestro antiguo favor, como á servidor fiel y leal. Ya conoce V. A., que para exigir esta nueva muestra de confianza, debo tener pruebas irrecusables.

DUQ. Y qué pruebas me trae el conde de Torriani?

TOR. Una friolera! Nada menos que la certeza de que hemos sido engañados, y que el último hijo de vuestro hermano vive todavia.

DUQ. Eso es imposible!

TOR. Tengo pruebas de que es una realidad. El duque hizo un testamento, que la casualidad y mi arrojio han colocado en mis manos.

DUQ. Vendrás á darme ese testamento?

TOR. No señor. Vengo á vendérselo, pero á buen precio, porque para obtenerle me he visto en la precision de matar á un hombre.

DUQ. Oh! yo te daré por él mas de lo que me has pedido, mas de lo que tú mismo puedes prometerme. Entrégamelo.

TOR. Vamos con tiento, señor duque. Aleccionado con el pasado, justo es que yo tome mis medi-

:

das para lo sucesivo. V. A. tiene la falta de ser algo flaco de memoria respecto á los servicios que se le han prestado, y para que eso no suceda en el presente, he querido tomar antes mis precauciones; así es, que aunque el testamento está en mi poder, no lo llevo conmigo.

DUQ. Y cómo probarás que todo esto no es una nueva trama que me estás urdiendo?

TOR. Mandad abrir el sepulcro del príncipe, y vereis como está vacío.

DUQ. Vacío!

TOR. Si; parece que os cuesta trabajo el comprender las cosas... Junto á ese sepulcro debe verificarse una solemne entrevista, preparada ya hace veinte años, y que debe tener lugar esta noche, despues del toque de las oraciones. Escuchad con atencion las palabras literales del testamento de vuestro hermano. «Sobre este sepulcro se reunirán tres personas. La primera el fiel vasallo depositario del testamento. La segunda mi viuda, que irá allí á recoger y reconocer al mismo tiempo á nuestro hijo; y la tercera será el príncipe, que hasta entonces ignorará quién es, y los derechos que tiene á la corona.» Creereis todavia que os engaño, monseñor?

DUQ. Y ese será el motivo sin duda, de la fuga que ha verificado la duquesa; es menester obrar inmediatamente y no descuidarnos.

TOR. Eso corre de mi cuenta.

DUQ. Cómo?

TOR. Como que soy vuestro primer ministro. (*llamando.*) Ola, caballeros! (*los cortesanos vuelven á presentarse.*)

DUQ. Vamos al punto á nuestro palacio. En tanto ejecutad las órdenes de Torriani.

TOR. (*con intencion.*) Ya lo habeis oido; mis órdenes, caballeros. (*todos se inclinan con respeto, y Torriani les vuelve la espalda.*)

DUQ. (*á uno de los cortesanos que sale con el duque.*) Tomad la tropa necesaria para que al toque de oraciones se halle la capilla de Pallavicini perfectamente circunvalada. Las mugeres que se hallaren dentro las conducireis á nuestra presencia; todos los hombres que se encuentren en la misma capilla, serán muertos en el acto.

TOR. Señor conde... pena de ser declarado reo de alta traicion, quedais encargado de que nada llegue á traslucirse de cuanto S. A. acaba de mandaros. (*el conde encargado de esta comision, que será uno de los de la comitiva del duque, se inclina y sale con los demas.*)

DUQ. Ahora, dejadnos solos. (*vanse todos.*)

ESCENA IV.

EL DUQUE Y TORRIANI.

DUQ. Olvidemos todo lo pasado; Torriani, de hoy en adelante tú serás mi único amigo y el solo confidente de mis secretos, mientras dure mi existencia.

TOR. Monseñor, ya es la tercera vez que hacemos este mismo pacto... no obstante, yo me arreglaré en términos que ahora sea mas duradero, que las dos anteriores.

ESCENA V.

Dichos, BEATRIZ y despues FLAVIO.

BEA. Este es el sitio que me ha indicado Genaro.

DUQ. Alguien viene.

BEA. (*viendo al duque y á Torriani.*) Gran Dios! El duque! (*se echa el velo.*)

TOR. Una muger vestida de colegiala de santa Rosalia.

DUQ. (*dirigiéndose á Beatriz que quiere huir.*) Tranquilizaos, señora, nada teneis que temer de nosotros; al contrario, seremos vuestros caballeros si considerais que os podemos ser de alguna utilidad.

TOR. Estamos prontos á protejeros y á defenderos de todos vuestros contrarios. Decidnos solo una palabra y...

(*Conforme han ido hablando el duque y Torriani, se han ido acercando por ambos lados á la duquesa, en términos, que vienen á ponerla en medio de los dos.*)

BEA. Dios mio!

TOR. Vuestro trage está indicando que sois una educanda del colegio de santa Rosalia... venis ahora de allí?

BEA. (*en voz muy baja.*) Salí ayer para cumplir cierto deber religioso.

TOR. Y no sabeis el escándalo que acaeció ayer en el colegio?

DUQ. Tampoco ignorareis la orden del Duque, prohibiendo que ninguna muger se ausente sin su permiso. Así es, que nos permitireis ver vuestro rostro, á fin de alejar toda sospecha. (*la duquesa se aleja temblando. El duque impaciente quiere levantarle el velo.*)

BEA. No puede ser lo que me pedís.

DUQ. (*ap. á Torriani.*) Esta voz... si será ella! (*alto.*) Quiero ver vuestro rostro, señora!... Reconoced en mí al gran duque, y no vacileis en cumplir las órdenes de vuestro soberano.

BEA. Jamás!

DUQ. Arrancádselo á la fuerza, conde de Torriani,

BEA. Socorro! Socorro!

(*Torriani se adelanta hácia Beatriz. De repente aparece Flavio que se interpone entre el conde y la duquesa, de modo que esta se halla á su derecha.*)

ESCENA III.

Dichos, FLAVIO.

FLA. (*rechazando violentamente á Torriani.*) Atrás, conde de Torriani. Gracias á Dios que me ha permitido llegar á tiempo de impedir el que agregaseis una infamia mas á las muchas que teneis cometidas.

DUQ. (*á Flavio.*) Sabeis delante de quién estais hablando?

FLA. No, pero sé que estais muy mal acompañado, y que si no valeis menos que vuestro compañero, no os arriendo por cierto la ganancia.

BEA. (*en voz baja.*) Cuidado con lo que decís, caballero.

DUQ. (*con altanería y cólera.*) Os ordeno que os retireis inmediatamente.

FLA. (*con frialdad.*) Segun veo, estais acostumbrado á mandar, pero miradme cara á cara,

caballero, y vereis que yo no estoy acostumbrado á obedecer.

TOR. Acabemos.

FLA. Como gustéis. Pero os juro por mi honor, que uno solo de vosotros logrará ver el rostro de esa dama, (*sacando la espada.*) porque al otro yo le atravesaré de parte á parte con mi espada.

BEA. Gran Dios!

TOR. Insensato.

FLA. Reportaos, porque no conoceis todo lo que soy capaz de hacer. Desde que os conecí todo me habla en contra vuestra, conde de Torriani! Ayer ha sucedido una gran desgracia en la casa en que vos estuvisteis, y no sé que secreto presentimiento me dice que sois el autor de aquel mal.

TOR. Qué decis?

DUQ. Qué significa esto?

FLA. Significa, que hay hombres réprobos cuya sola presencia es un mal en todas partes. Apenas pusisteis el pie en aquella casa, cuando el dueño de ella ha sido asesinado á poco rato. (*Torriani retrocede asustado.*) Asesinado, lo entendeis!... Y lo peor de todo es, que el asesinato se le acumula al hijo del difunto.

TOR. (*con hipocresia.*) Es posible!

DUQ. (*en voz baja al conde.*) Será tal vez...

TOR. (*en voz baja.*) Silencio, monseñor. (*alto.*)

Jóven, vuestra temeridad os seria funesta, si no recordase, que ayer pudisteis venderme y no lo hicisteis... Eso me contiene para no llamar á nuestros criados, que están muy cerca de aqui, los cuales os harian arrepentir de vuestro inconsiderado arrojó. (*aparte al duque.*) Vámonos, monseñor.

DUQ. Pero si esa muger es la que sospechamos?...

TOR. (*en voz baja.*) Qué importa que sea ella? No habeis enviado vuestras gentes á la capilla de Pallavicini para que la sorprendan? Pues bien, aqui no podemos aprovecharnos sino de ella, y si la dejamos que vaya á la cita, entonces no se nos escapará ninguno de los tres.

DUQ. Es verdad, vámonos. (*alto.*) Caballero, bien podeis dar las gracias al señor conde de Torriani, porque á no ser por su intercesion, hubierais pagado cara vuestra insolente audacia. (*se van los dos.*)

FLA. (*al verlos salir.*) Buen viaje, caballeros; sabed que hago tanto caso de vuestra compasion como de vuestras amenazas.

ESCENA VII.

LA DUQUESA Y FLAVIO.

BEA. Se conoce que sois noble, caballero, cuando tanto os habeis espuesto por mí.

FLA. No he hecho sino mi deber, señora.

BEA. Estoy muy reconocida al servicio que me habeis prestado, pero mi reconocimiento exige que os advierta que huyais, porque no sabeis lo que pueden esos dos hombres.

FLA. Lo que sé es, que á pesar de su aparente serenidad, ellos han temblado delante de mí, por consiguiente no me harán huir jamás.

BEA. Son muy poderosos. Creedme, no os espon-gais... huid pronto, pero antes miradme bien, para que si necesitais de mi en alguna ocasion podais reconocerme, y exigirme el pago del servicio que acabais de prestarme.

FLA. (*contemplando á la Duquesa.*) Bendigo al cielo que me ha traído á este sitio para socorros. Con solo esa mirada que me acabais de dirigir, estoy bien recompensado. Mandadme cuanto querais, señora, porque desde que os he visto, me parece, que es un deber mio el socorreros, el defenderos á todo trance.

BEA. Y á mi me parece al ver vuestra noble fisonomía, que no tendria reparo en confiarme á vos. Pero en este momento solo me toca daros gracias por todo lo que habeis hecho por mi, y suplicaros que me dejéis sola.

FLA. Sola?

BEA. Os lo suplico... tengo que esperar aqui á una persona.

FLA. Obedezco vuestras órdenes, señora... Pero no temeis que vuelvan esos hombres?... En fin, respeto vuestros motivos, y velaré por vos aunque sea de lejos... (*besa la mano de la duquesa, y se vá por donde se han ido el conde y Torriani.*)

ESCENA VIII.

BEATRIZ Y despues LUISA.

BEA. Este jóven me ha salvado mas que la vida... Si el duque me hubiera conocido, no me hubiera dejado escapar, y no podria hallarme en esa cita, de donde pende mi dicha y la de todo un pueblo. Cuanto tarda Genaro... Si le habrá sucedido alguna desgracia? Ah! ahora que me acuerdo, es preciso que dé la señal agitando mi pañuelo. (*Beatriz se dirige al fondo y hace la señal.*) Ya veo una barca que se dirige hácia aqui á fuerza de remos, y en ella vá una persona que responde á mi señal. (*se dirige al proscenio.*) Por fin ya llega. Dios mio! Qué es esto? Una muger? (*Luisa arrima su barca y la amarra y se dirige hácia Beatriz.*)

LUI. (*muy cansada.*) Señora, sois vos la que desde lo alto de aquella roca, habeis agitado vuestro pañuelo, mirando al mismo tiempo hacia el lago?

BEA. Si... pero... no... (*dudosa.*)

LUI. No lo negueis, señora; lo sé de cierto, así como sé que estais aqui aguardando á un jóven.

BEA. Cómo, vos sabeis?

LUI. Si señora; soy la madre de Genaro, del mismo que os ha salvado, y al que no rehusareis salvar ahora.

BEA. Y qué es lo que puedo hacer por él? Hablad pronto, estoy dispuesta... pero, qué peligro le amenaza?

LUI. Oidme. Ayer se ha cometido un asesinato; la victima ha sido mi pobre marido, y los dos habeis oido el tiro, no es cierto?

BEA. (*recordando.*) En efecto: ahora me acuerdo que oimos un tiro cuando estábamos en el lago, y yo me asusté mucho creyendo que nos venian persiguiendo.

LUI. Eso es!... Eso es!... os acordais perfectamente, señora. Tendreis inconveniente en decir eso mismo delante de los jueces?

BEA. Ninguno absolutamente, y doy mil gracias á Dios de poder hacer este servicio á mi libertador.

LUI. Entonces, señora, pronto, pronto, venid conmigo.

BEA. En este momento me es imposible.

LUI. Imposible?

BEA. Dentro de poco tendré una libertad que ahora me falta... Entonces...

LUI. Entonces, señora, ya habrá muerto Genaro.

BEA. Qué decís?

LUI. Digo que le estan juzgando en este momento, y que mañana ya no existirá.

BEA. Gran Dios!

LUI. Ya veis que es preciso que vengais conmigo ahora mismo, sin perder un momento.

BEA. Es absolutamente imposible el que yo me presente hoy delante de ningun tribunal. Tengo que ocultarme de los magistrados, del gran duque, de todo el mundo en fin, si no quiero perder mi libertad.

LUI. Oh! pero no os negareis á hablar... No consentireis en la muerte de mi hijo y en la mia?

BEA. Pobre madre! Vos no podeis comprender lo que exijis de mí en este momento.

LUI. Lo que exijo de vos? La cosa mas justa... Una sola palabra con que se salvará la vida á un inocente... Esto es lo que os exijo, y nada mas.

BEA. Escuchadme. Vos amais á vuestro hijo, no es verdad?

LUI. Como ama una buena madre, señora.

BEA. Pues bien; si hallándose amenazado de un gran peligro y consistiendo en vos sacarle de él viniesen á deciros que era preciso abandonarle á su suerte, y separarse de él por salvar á otro, que hariais?

LUI. Y qué me importarian á mí los otros, si por salvarlos habia de perder á mi hijo?

BEA. Vos misma habeis resuelto la cuestion. Sabed, que si yo voy ahora á salvar á Genaro, espongo la vida de mi propio hijo. De suerte, que para justificar al vuestro es preciso que yo esponga el mio.

LUI. Pero, señora, vos no podeis negaros á decir la verdad; si obraseis asi, la sangre que se derramase por vuestra culpa, caeria gota á gota sobre la cabeza de vuestro hijo.

BEA. No sucederá asi. Dios vé en el fondo de mi corazon y protegerá á Genaro. Acordaos de lo que habeis dicho antes. Dios salve á los demás... mi obligacion es salvar á mi hijo (*quiere desasirse de las manos de Luisa.*)

LUI. (*con fuerza.*) No!... no!... no os dejaré marchar.

ESCENA XI.

Los mismos y FLAVIO.

FLA. Qué es esto?

LUI. Flavio!

BEA. Venid á socorrerme.

FLA. Luisa! Qué significa todo esto?

LUI. Flavio, ella puede volverme á mi Genaro y no quiere hacerlo... Ella puede salvarle la vida, y vá á consentir que muera por su culpa, lo entendeis?

FLA. Cómo es eso, señora? Genaro es mi amigo,

mi hermano... y dejareis que perezca cuando yo acabo de salvaros la vida?... Oh! eso es imposible!...

BEA. Tiene que ser así, ó sino mi hijo está perdido sin remedio.

FLA. Vuestro hijo no sabe sin duda lo que pasa; ignora que por su causa va otra madre á perder al hijo de sus entrañas... Señora, si vuestro hijo se ve amenazado por algun enemigo, mi brazo y mi espada están prontos á defenderle. Si es necesario yo presentaré impávido mi pecho al hierro de vuestros contrarios... Pero, no os desatendáis de salvar ahora mismo á Genaro... lo contrario seria un crimen... una infamia.

BEA. Ah! no me aterreis con esas horribles palabras!... Dios sabe cuanto deseo libertar á Genaro, pero no puedo hacerlo en este momento, porque es preciso, es absolutamente indispensable que yo marche donde me llama el deber.

FLA. Señora, no os marchareis, sino para salvar la vida de mi hermano.

BEA. En nombre de lo que mas amais en este mundo, os suplico que me dejes partir. El mas puro de todos los deberes reclama mi presencia en otra parte.

FLA. Yo tengo tambien que cumplir otro deber santo y sagrado; sin embargo, me quedo, porque el deber mas sagrado es el salvar á un inocente.

BEA. Ea, dejadme. El tiempo pasa y yo no puedo detenerme mas...

LUI. (*aparte como quien discurre.*) Dios mio! Si fuese acaso...

FLA. No os canséis, señora, os repito que no os movereis de aqui.

(*Se oye tocar la oracion. Todos los personajes se detienen y escuchan. Momento solemne de silencio. A la sesta campanada dicen todos á la vez.*)

Todos. La oracion!

FLA. (*quitándose el birrete.*) Padre mio! perdona si te desobedezco.

LUI. Dios mio! y mi juramento?

BEA. Habeis oido, caballero? Esta es la hora... por Dios, dejadme, me están esperando.

LUI. A vos, señora?

FLA. Tambien es hoy el dia, y esta es la hora en que debia trasladarme al otro lado del lago, á una santa capilla y al lado de un sepulcro. Asi se lo he jurado á mi padre, señora, y sin embargo veis que me quedo aqui por ser útil á un amigo.

LUI. Y BEA. Qué decís?

BEA. (*con una emocion que va siempre en aumento y que se comunica á Flavio y á Luisa.*) Y es hoy el dia que habiais prometido ir á esa capilla?

FLA. Y esta es precisamente la hora en que debia haberlo efectuado. (*toda la escena con suma viveza.*)

BEA. A la capilla de Pallavicini, no es verdad?

FLA. Y cómo lo sabeis?

BEA. Alli es donde yo debia ir tambien á buscar á mi hijo.

LUI. Y FLA. A vuestro hijo?

LUI. Segun eso, vos sois?...

BEA. La viuda de Andres Pallavicini.

LUI. La duquesa!... (*á Flavio.*) Entonces el voto

que ibais á cumplir era en efecto muy sagrado, y aunque os admirará el ver que yo tengo conocimiento de él, voy á probároslo con deciros que teneis un rosario en vuestro poder que debiais presentar á la hora de la cita.

FLA. Es cierto.

BEA. Un rosario de plata, no es verdad?

FLA. Asi es.

LUI. Esa reliquia debia servir para que vuestra madre os reconociese por ella.

FLA. Mi madre? No os entiendo!

LUI. Si, Flavio. Tu madre es esta señora.

FLA. Madre mia! (*abrazándose.*)

BEA. Hijo mio!

FLA. Pero qué terrible misterio es el que ha rodeado hasta ahora mi existencia?

BEA. Tú vida se veia amenazada, hasta que llegase el dia en que te se presentasen francos los escalones del trono, en que debes sentarte como legítimo sucesor de tu difunto padre. Este dia es el de hoy, hijo mio.

FLA. Ah! no me engañeis... El trono!... Segun eso, no eran ilusion aquellos nobles instintos que siempre ha abrigado mi corazon? Ahora tranquilizaos, Luisa, que pronto Genaro estará en vuestros brazos.

BEA. Comprendes el motivo que me impedia correr á su socorro? Ahora, que debemos hacer?

FLA. Lo que es justo, madre mia. Para el Príncipe lo mismo que para el último individuo del pueblo, no hay sino una balanza en el tribunal de Dios; y puesto que estoy destinado á reinar por mi nacimiento, no subiré los escalones del trono, manchado con la sangre de un inocente. Mi deber es administrar justicia, y empeño mi palabra que será terrible. Tiemblen los viles asesinos de Bracchio, Dios los descubrirá, y entonces no sonará en vano la hora de su castigo. Luisa, corred en busca de las pruebas; nosotros, madre mia, al Senado, á demandar justicia.

FIN DEL ACTO CUARTO.

ACTO QUINTO.

Salon en el palacio del gran duque, abierto en el fondo, y dando á una galeria. A la derecha del público, la entrada del tribunal, á donde se sube por unos escalones. A la izquierda la entrada á las habitaciones del duque. En medio un velador con recado de escribir.

ESCENA PRIMERA.

DUQUE, oficiales y despues TORRIANI.

Al levantar el telon, se hallan ya los centinelas colocados en las puertas. Los oficiales se pasean por la galeria. El duque sale de su habitacion.

DUQ. (*á un oficial.*) Se han ejecutado mis órdenes?

OFI. Segun ha mandado vuestra alteza, se ha reforzado ya la guardia de palacio.

DUQ. Ha venido el conde de Torriani?

OFI. Todavia no, Monseñor.

DUQ. Avisadme cuando llegue. (*sale un oficial.*)

Mis inquietudes son grandes... Ese hombre á

quien se ha juzgado hoy, ese pueblo alborotado... Si se llegase á sospechar la verdad... Y Torriani? Si me habrá vendido? (*al mismo tiempo te deja ver Torriani por la galeria conducido por el oficial que ha ido á buscarlo.*) Y bien? Qué nuevas me traes? Han cogido ya á la Duquesa? Qué se ha hecho de su hijo?

TOR. Nadie ha acudido á la cita.

DUQ. Nadie?

TOR. No, Monseñor, á pesar que la capilla estaba rodeada, y de que los soldados han permanecido fijos en sus puestos y fieles á la consigna que se les habia dado, no han visto acercarse un alma por aquellos sitios.

DUQ. Hemos sido vendidos. Ya no somos dueños del secreto de la duquesa, y si ella lo es del nuestro, debemos temer la venganza, que no dejarán de tomar de nosotros el hijo de mi hermano y su viuda.

TOR. No hay que apurarse, señor. En realidad nosotros nada debemos temer de un hombre á quien podemos hacer pasar por un aventurero que ha robado los títulos que dice tener á la corona.

DUQ. No te entiendo.

TOR. Sin embargo, es muy facil entenderme. Todo el que alega derecho á la posesion de una cosa, debe probarlo con documentos auténticos; ahora bien, cómo ha de probar sus derechos el hijo de vuestro hermano, siendo así que todos sus papeles están en mi poder?

DUQ. Estás seguro de que no te se han extrañado?

TOR. Vais á verlo. (*á un oficial.*) Id á buscar inmediatamente al marqués de Campeggi, y decidle que venga aquí sin la menor dilacion; le hallareis en mi palacio. (*vase el oficial.*) Dentro de poco vais á tener en vuestro poder el testamento del difunto duque.

UN OFI. (*entrando.*) Aquí está la educanda del colegio de Santa Rosalia, que el señor conde de Torriani, habia mandado conducir á palacio.

DUQ. (*á Torriani.*) La que ha protegido la evasion de Beatriz?

TOR. La misma, Monseñor. He sabido que es la prometida de Genaro, y quizá por salvarle la vida, nos descubrirá dónde se halla la duquesa.

DUQ. No dejes de darme cuenta al momento de cuanto aberigues. (*entra en su habitacion.*)

TOR. (*al oficial.*) Hazla entrar. (*va á sentarse al lado del velador, á la derecha. El oficial entra acompañando á Olimpia.*)

ESCENA II.

TORRIANI sentado, y OLIMPIA.

OLIM. (*al oficial.*) Caballero, tendreis la bondad de decirme ante quién me conducis?

TOR. Acercaos, señorita. (*el oficial se va.*)

OLIM. Por fin ya he dado con uno que no es mudo.

TOR. Disponeos á responder á lo que voy á preguntaros, y pobre de vos si no decis la verdad.

OLIM. Vivid tranquilo, Monseñor; me han educado muy mal, y una de las muchas cosas que han dejado de enseñarme es á mentir.

TOR. Se os acusa de un delito muy grave. Se os

- achaca el haber favorecido la fuga de la gran duquesa viuda.
- OLIM. Me alegro!... Conque aquella señora era la gran duquesa?
- TOR. (*aparte.*) Según eso no sabía quién era la persona á quien protegía? (*alto.*) En fin, ello es que habeis ayudado á escaparse á una señora que estaba presa.
- OLIM. Así es. Pero si esa señora era la gran duquesa, como acabais de decir, nada tengo que echarme en cara, pues no reconozco en nadie el derecho de aprisionar á S. A.
- TOR. Señorita, no os chanceeis; mas bien debeis temblar que otra cosa.
- OLIM. Temblar? Vaya, vaya, sois muy flaco de memoria; acabo de deciros que mi educacion habia sido descuidada, y entre las cosas que han dejado de enseñarme, ha sido otra el no tener miedo.
- TOR. Creedme y no os obstineis en callar. Decidnos francamente en donde se ha escondido la duquesa.
- OLIM. Conque no la han cogido? (*aparte.*) Genaro ha salido bien de su empresa. (*alto.*) Monseñor os doy mil gracias por lo que acabais de decirme... Y hace rato que estoy reflexionando una cosa.
- TOR.Cuál es?
- OLIM. Que no estais nada acostumbrado á preguntar, porque en vez de ser yo la que respondiese á vuestro interrogatorio, vos respondeis al mio, y me poneis al corriente de todo lo que ignoro.
- TOR. Vuestra obstinacion en callar perjudicará á cierta persona, á quien hubierais podido salvar.
- OLIM. A una persona á quien yo hubiera podido salvar?... No os entiendo.
- TOR. (*con frialdad.*) Nada, nada; es inutil que hablemos mas sobre este punto, supuesto que estais decidida á callar.
- OLIM. (*con inquietud.*) Sin embargo, Monseñor...
- TOR. Es un hombre insignificante... un jóven hijo de un aldeano.
- OLIM. Genaro tal vez?
- TOR. Ola! sabeis su nombre? Pues bien, Genaro se halla acusado de un asesinato, y condenado por consiguiente al último suplicio.
- OLIM. Genaro acusado de un asesinato? Eso es imposible!
- TOR. Nada hay mas cierto sin embargo. Ese jóven protestaba diciendo que era inocente del crimen que se le imputaba... Haciéndoselo nuevos cargos, y con el deseo tan natural á todo el mundo de conservar la vida, ha dicho que una muger podia salvarle, y acreditar que era inocente; yo sé que esta muger es la duquesa. (*con descuido.*) Pero supuesto que, á lo que se vé, os hallais dispuesta á no descubrir donde se halla Beatriz, Genaro morirá, y vos sereis la causa de su muerte.
- OLIM. Oh! no... no, eso no puede ser... Monseñor, decidme que todo lo que acabais de contarme ha sido únicamente por engañarme.
- TOR. Parece que no os chanceais ahora, señorita. (*ruido fuera.*) Ois ese murmullo, ois los gritos del pueblo? (*se oye la campana.*) Esas fúnebres campanas no os dicen mas que todo lo que yo pudiera deciros? (*con fuerza.*) Donde está la duquesa, señorita?
- OLIM. (*arrodillándose á sus pies.*) No lo sé, Monseñor; os lo juro, no lo sé.
- TOR. Pues bien! La sentencia de Genaro se llevará á efecto. (*entra por donde se fué el duque.*)
- Voc. (*dentro.*) Justicia! justicia!
- OLIM. Dios mio! Qué significa esto? (*Genaro rodeado de soldados baja del tribunal. Olimpia se dirige impetuosamente hácia él.*) Genaro!
- GEN. Olimpia!
- OLIM. El es... si!... Es cierto lo que dicen de ti?
- GEN. Dios eterno! Quereis que desmaye mi valor?
- OLIM. Genaro, ayúdame á reunir mis ideas, á llamar á mi razon... He oido mal, no es verdad?... Esa horrible acusacion no pesa sobre tu cabeza?... Callas?... Tus ojos se llenan de lágrimas? No me respondes? Qué es esto?
- GEN. (*procurando manifestar serenidad.*) Olimpia, mi vida dependia de aquella señora que me digiste que salvára.
- OLIM. De la duquesa?
- GEN. Ella sola podrá salvarme de la infamia y arrancarme del cadalso. Mi madre ha ido ya en su busca para que declare mi inocencia, pero ninguna de las dos han vuelto todavia.
- OLIM. Pero tú no eres culpado?
- GEN. No, mas no puedo justificarme.
- PUE. El senado! El senado!
- GEN. El trae mi sentencia.
- OLIM. Tu sentencia!
- GEN. Valor, Olimpia!

ESCENA III.

Los mismos, MARCO, luego el DUQUE, TORRIANI SEÑORES, guardias y pueblo.

- MAR. (*á un oficial.*) Id á decir á S. A. que estamos aquí.
- OLIM. No nos abandonos, Dios mio! (*Salen el duque y Torriani y varios señores de la habitacion del duque.*)
- UN OFI. (*anunciando.*) El gran Duque!
- MAR. Monseñor se ha cometido un parricidio como vuestra alteza sabe ya, y los jueces han pronunciado sentencia de muerte contra el criminal. Solo falta la firma de V. A. para que la ejecucion tenga lugar.
- DUQ. Como? No es suficiente la sancion del tribunal y la vuestra?
- TOR. (*al duque en voz baja.*) Firmad, Monseñor, bien sabeis que es indispensable hacerlo. (*coge la sentencia de manos de Marco y la pone sobre el velador.*)
- MAR. La ley manda que no se ejecute al reo, sin que el príncipe haya firmado la sentencia.
- TOR. (*en voz baja instando al duque.*) Vamos!... De esa firma depende vuestra salvacion. (*el duque firma.*)
- PUE. Perdon! Perdon!
- GEN. Todo se acabó para mi.
- OLIM. (*arrojándose en sus brazos.*) Genaro!
- GEN. Acuérdate, Olimpia, que tú debes sobrevivirme para cuidar de mi madre.
- (A una señal del duque un oficial cubre á Genaro con un velo negro. Se oye la campana de la agonía. Los guardias van á apoderarse de Genaro. En este momento se oye la voz de Flavio, este atraviesa la multitud y entra apresuradamente con la duquesa. Al entrar arranca con viveza el velo de la cabeza de Genaro.)

ESCENA IV.

Los mismos, FLAVIO y la DUQUESA BEATRIZ.

FLA. Deteneos... Lejos de aquí el velo de los par-
ricidas.

PUE. Ah!

DUQ. Qué quiere ese hombre? quién es?

OLIM. La duquesa! (*acercándose á ella y besándola
la mano; la duquesa la abraza, ambas hablan en
secreto.*)

GEN. Ah! sois vos, señora? Veo que Dios no me ha
abandonado.

FLA. Venimos á salvarte, Genaro.

TOD. A salvarle?

TOR. (*bajo al duque.*) Ese es el hijo de vuestro
hermano.

FLA. (*al duque.*) Ya veo que habeis conocido quién
soy, Monseñor. La palidez que ha cubierto
vuestro semblante, y el de vuestro digno mi-
nistro, me lo dicen mejor que vos pudierais
hacerlo.

DUQ. Desgraciado!...

TOR. Prendedle!

BEA. Deteneos, y que nadie se atreva á poner la
mano en su augusta persona. Ese jóven que
veis ahí, es vuestro soberano... el hijo del du-
que Andrés y el mio.

TODOS. Su hijo!

DUQ. Es una impostura!

GEN. Flavio!... Es posible?

FLA. Si, Genaro. Yo soy el legitimo soberano que
he venido á declarar que estás inocente en el
asesinato de Bracchio, puesto que á la hora
que se cometió el crimen, ibas acompañando
á mi madre, al lugar en donde debia celebra-
se la solemne cita.

GEN. (*á Marco.*) Monseñor, veis como yo no os
engañaba?... Preguntad á esa noble señora, cu-
yo testimonio he invocado tantas veces, y ve-
reis cómo siempre os he dicho la verdad.

MAR. (*á la duquesa.*) V. A. confirma lo que ese
hombre acaba de decir?

BEA. (*con un acento solemne.*) Juro por mi vida y
por mi salvacion, que cuanto acaba de decir
es cierto.

DUQ. (*con desprecio.*) Cierto!

FLA. Lo es, Monseñor. Pueblo! La viuda de vues-
tro soberano no ha mentido, ni yo tampoco
miento al asegurar que el dupue Morena Pa-
llavicini fué el que asesinó á mi padre para
usurparle la corona.

TODOS. Ah!

DUQ. Miserable! En toda esa infame trama que
habeis urdido, no veo mas que un complot
contra mi persona. Tú no eres sino un vil im-
postor, que viene á usurpar el nombre del úl-
timo hijo de mi hermano, que todos saben ha
muerto.

FLA. Vos sabeis lo contrario, porque esta noche
habeis mandado abrir su sepulcro, y le habeis
hallado vacío.

TOR. Y qué pruebas teneis para hacer constar
vuestro nacimiento?

FLA. Pronto las vereis.

DUQ. (*á Torriani bajo.*) Será posible?...

TOR. (*en voz baja.*) Imposible, Monseñor!

LUI. (*desde afuera.*) Genaro! Hijo mio!

GEN. Esa voz es la de mi madre.

OLI. Vuestra madre!

BEA. (*á Luisa que se presenta en escena.*) Luisa,
pronto, pronto, corred á confundir la maldad!

LUI. (*abrazando á Genaro.*) Ah! vive todavia?

ESCENA V.

Los mismos y LUISA.

FLA. Hablad, Luisa. Mostradnos esos papeles.

LUI. Los han robado, señor.

FLA. Pero el testamento de mi padre...

LUI. (*desesperada.*) Repito que lo han robado.

BEA. (*Desgraciados de nosotros!*)

TOR. (*á los senadores.*) Os convenceis, señores, de
que cuanto habeis oido á ese aventurero, no
es sino un tejido de calumnias y de enredos?

LUI. Las calumnias y los enredos las forjan hom-
bres tan viles como tú. Los documentos autén-
ticos, las sagradas pruebas las he visto yo mis-
ma, lo entendeis? Estaban ocultas en el sitio
donde ha sido asesinado mi esposo. Nadie mas
que el asesino las ha robado.

GEN. Qué es lo que decis? Le conoceis acaso?
Nombradle, madre mia, nombradle!

LUI. Si, Genaro, le conozco; la Providencia aca-
ba de revelarme quién es.

TOR. (*Qué querrá decir?*)

MAR. Hablad, señora, hablad pronto.

LUI. Despues de haber ido á registrar minuciosa-
mente el sitio donde estaba oculta la cagita, y
habiendo sido inútiles cuantas diligencias hice
por hallarla, me volvi á mi casa, con el cora-
zon traspasado de dolor y á llorar amargamen-
te al lado del féretro de mi esposo. En medio
de mi delirio, y cuando regaba su semblante
con mis lágrimas, advierto que al lado de su
herida, hay un papel agujereado por la bala
y medio chamuscado. (*con dolor.*) Este papel
era el taco que el asesino habia puesto en el
fusil al cargarle.

TOR. (*aparte.*) Maldicion!

GEN. Y ese papel, dónde está?

LUI. (*presentándose con viveza á Marco.*) Monse-
ñor, á vos os le entrego, que sois el gefe del
senado; leed esos caracteres y examinad la
firma.

MAR. (*leyendo.*) Es una súplica al gran duque por
el conde de Torriani, cuya firma reconozco.

TOR. Eso es imposible!... Es una calumnia.

MAR. (*presentando el papel á Torriani.*) Examinad-
lo vos mismo.

FLA. Ya estás libre, Genaro.

MAR. (*al gran duque.*) Qué ordena V. A.?

DUQ. Esperad. (*examinando el papel.*)

TOR. (*en voz baja.*) Qué vais á hacer?

DUQ. (*en voz baja á Torriani.*) Salvar las aparien-
cias; voy á perderte hoy para salvarte maña-
na. (*á los guardias.*) Apoderaos de ese impos-
tor. (*señalando á Flavio.*) Rumores en el pueblo.)

BEA. Gran Dios!

FLA. Y quién osará prender al hijo del que fué
su soberano?

PUE. Jamás! Jamás!

DUQ. Silencio! (*murmullos.*) Guardias, cumplid mis
órdenes.

ESCENA IV.

Los mismos y CAMPEGGI conducido por el oficial que habia ido á buscarle.

CAM. (*oculto entre la multitud.*) Qué diablos querrá el conde de Torriani?

DUQ. Nuestra justicia es igual para todo el mundo; prended tambien al conde de Torriani.

CAM. Preso! Ah! ya conozco por qué me ha hecho venir. (*baja al escenario.*) Monseñor, tomad este pliego. (*dádoselo á Marco.*)

TOR. (*á Campeggi.*) Qué has hecho, imbécil?

CAM. (*en voz baja.*) Ejecutad vuestras órdenes... Lo que es esta vez no direis que no he cumplido vuestro encargo al pie de la letra.

TOR. (*al duque.*) (Estamos perdidos sin remedio.)

DUQ. (Como?) (*hablan los dos aparte.*)

MAR. (*despues de haber examinado los papeles.*) Qué es lo que he leído? Este es en efecto el testamento del difunto duque... Aquí está probada la verdad de cuanto sus altezas han dicho. Pueblo, viva nuestro legitimo soberano.

TOD. Viva!

CAM. Pues señor, nos hemos lucido!

GEN. Y OLIM. Monseñor... (*arrodillándose.*)

FLA. No, Genaro, siempre seré tu hermano, vuestro amigo. (*levantándolos y abrazándolos.*)

BEA. (*á Olimpia y Luisa.*) Yo me encargo de vuestra comun felicidad; en adelante jamás nos separaremos

FLA. (*á los soldados señalando á Torriani.*) Apoderaos de ese miserable; aun cuando me sea sensible comenzar mi reinado derramando sangre, la de mi padre y Bracchio están pidiendo venganza. (*á Marco.*) Lleváosle, y que la ley se cumpla. (*al duque.*) Los lazos de parentesco que nos unen, vuestro ilustre nacimiento y la alta dignidad que habeis ejercido, no permiten seais castigado con un suplicio comun. Salid desterrado de mis estados, y que vuestros remordimientos sean el único castigo que deba imponeros. (*al pueblo y cortesanos.*) Señores, desde hoy empieza mi reinado; ojalá que este dia, sea tambien el primero de la dicha y felicidad de mis pueblos.

FIN DEL DRAMA.

Madrid, 1847.

IMPRENTA DE DON VICENTE DE LALAMA,

Calle del Duque de Alba, n. 13.

**PROPIÉDADES DE QUE CONSTA
LA BIBLIOTECA DRAMÁTICA.**

El Page de Woodstock, en un acto.
La Barbera del Escorial, Id.
El derecho de primogenitura, Id.
¡Un buen marido! Id.
La vida por partida doble, Id.
Percances de la vida, Id.
El maestro de escuela, Id.
El Rey de los criados ó acertar por carambola, en dos actos.
La Hija de mi tío, Id.
César, ó el perro del castillo, Id.
Un pariente millonario, Id.
Los pupilos de la Guardia, Id.
La Modista alfez, Id.
Un Avaro, Id.
El Guarda-bosque, Id.
El Diabolo nocturno, Id.
Un dia de libertad, en tres actos.
La Abadia de Penmarck, Id.
El vivo retrato, Id.
El Diabolo y la bruja, Id.
Casarse á oscuras, en tres actos.
Deshonor por gratitud, Id.
El novio de Buitrago, Id.
Jorge el Armador, en cuatro actos.
Fausto de Underwal, en 5 actos.
Los Prusianos en la Lorena ó la honra de una madre, Id.
Las intrigas de una corte, 5 actos.
La hija del bandido, 1 acto.
El guante y el abanico, 3 actos.
Clara Harlow, en 3.
El agiotage, ó el oficio de moda, en 5.
La Hermana del Carretero, Id.
La corona de Ferrara, Id.
En la falta vá el castigo, Id.
Un casamiento con la mano izquierda, 2 actos.
Uno de tantos bribones, en 3.
Las huérfanas de Amberes, en 5.
Las Colegialas de Saint-Cyr, en 5.
Un padre para mi amigo, en 2.
La protegida sin saberlo, en 2.
Julian el carpintero, en 3.
El lazo verde, en 2.
El zapatero de Londres, en 3.
La muger eléctrica, en 1.
Páris el gitano, en 5.
Justicia de Dios, id.
Maria Juana, ó las consecuencias de un vicio, id.
El confidente de su muger, en 1.
El diablo en Madrid, 5.
La viuda de 15 años, 1.
Cuando quiere una muger.... 2.
La pupila y la péndola, 1.
Maestra Sra. de los Abismos, ó el castillo de Villemeux, 5.
Los Templarios, ó la encomienda de Avignon, en 3.

Mas vale tarde que nunca, en 1.
La cocinera casada, en 1.
Tom-Pous, ó el marido confiado, 1.
Dos contra uno, en 1.
El marido de la Reina, en 1.
La hija del Regente, en 5.
Reinar contra su gusto, en 3.
Los Mosqueteros, en 6 actos.
El castillo de S. Mauro, en 5 actos.
Contodos y con ninguno, en 1 acto.
Una broma pesada, en 2.
Los dos extremos, en 3 actos.
Fuerte-Espada el aventurero, en 5.
El Tarambana, en 3 actos.
Perder y ganar un trono, en 1.
El mercado de Londres, en 7 cuadros.
El pacto sangriento ó la venganza Corsa, en 6 cuadros.
El hijo de mi muger, en 1 acto.
El castillo de los espectros, en 3.
Los Mosqueteros de la Reina, 3 acts.
Un caso de conciencia, en 3.
La noche de S. Bartolomé de 1572, 5.
Luchar contra el destino, en 3.
Inventor, bravo y barbero, en 1.
Un cuarto con dos camas, en 1.
La cura por la homeopatía, en 3.
Un casamiento á son de caja, ó las dos vivanderas, en 3.
Muerto civilmente, en 1.
El pilluelo de Londres, en 3.
El mudo por compromiso, ó las emociones, en 1.
Llegar á tiempo, en 5.
Los maridos en peligro, en 1.
Un bofetón... y soy dichoso!! en 1.
El Corregidor de Madrid, en 2.
Verter y Carlota, en 3.
El Médico negro, 7 cuadros.
La alquería de Bretaña, en 6 id.
Gustavo III ó la conjuracion de Suecia, en 5.
Una muchachada, en 1.
La boda y el testamento, en 3.
No ha de tocarse á la reina, en 3.
La mano derecha y la mano izquierda, en 4.
El caballero de Grignon, en 2.
El nudo gordiano, en 5.
El Usurero, en 1.
Una cabeza de ministro!! en 1.
El leñador y el ministro, ó el testamento y el tesoro, 6 cuadros.
Juana Grey, 5.
Una cantante, 1.

TEATRO ANTIGUO.

El desprecio agradecido, en 5 actos.
A cada paso un acaso, ó el Caballero, en Id.
Los empeños de un acaso, en Id.
Yo por vos y vos por otro!! en 3.

ORIGINALES.

Perder el tiempo, en un acto.
Un error de ortografía, Id.
La joven y el zapatero, Id.
Una conspiracion, Id.
Tanto por tanto ó la capa roja, Id.
Un casamiento por poderes, Id.
Estudios históricos, Id.
En la confianza está el peligro, en 2.
Se acabarán los enredos? en 2.
Juan de las Viñas, Id.
Mateo el Veterano, Id.
El médico de su honra, en 3 actos.
Valentina Valentona, en cuatro actos.
Los infantes de Carrion, en 3.
La Posada de Currillo, 1 acto.
A tal accion tal castigo, en 4 actos.
Dos y ninguno, en 1 acto.
La reina Sibila, 3 actos.
Los dos Fóscares, 5 actos.
Juan de Padilla, 6 cuadros.
¡Juí que jembra!! en 1.
Un motin contra Esquilache, en 3.
La ilusion ministerial, en 3.
El honor de un castellano y deber de una muger, en 4.
Benvenuto Cellini, ó el poder de un artista, en 5.
La Calderona, en 5.
D. Juan Pac.eco, en 5.
El Premio grande!! en 2.
Una actriz improvisada, 1 acto.
Cosas del dia, id.
El marinero, ó un matrimonio repentino Id.
Doña Sancha, ó la independencia de Castilla, en 4.
Luchar contra el sino, en 3.
Azares de la privanza, en 4.
D. Ramiro, en 5.
El hermano del artista, en dos.
José Maria ó vida nueva, en 1.
El coronel y el tambor, en 3.
La feria de Ronda, en 1.
El último amor, en 3.
Hasta los muertos conspiran, id.
No hay miel sin hiel, en 3.
A las máscaras en coche, en 3.
El Peregrino, en 4.
Amor y patria, en 5.
Una noche en Venecia, en 4.
Antes que todo el honor, 3.
De Cádiz al Puerto, en 1.
Es el Demonio!! en 1.
Amante y Caballero, en 4.
El médico de un monarca, idem.
Padilla ó la traicion de Villalar, idem.
El andaluz en el baile, en 1.
Un tío como otro cualquiera, idem.
El cautivo de Lepanto, idem.
El tío y el sobrino, idem.